

COLECCIÓN UNIVERSAL

————— N.ºs 244 y 245 —————

J. W. GOETHE

Clavijo

DRAMA



Precio: Una peseta.

MADRID, 1920

COLECCION UNIVERSAL

J. W. Goethe

—

CLAVIJO

D R A M A

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel especialmente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

J. W. GOETHE

Clavijo

DRAMA

La traducción del alemán ha sido
hecha por R. M. Tenreiro



MADRID, 1920

En el libro XV de su gran obra autobiográfica, Ficción y verdad, refiere Goethe el origen de este drama. En Francfort, en una divertida tertulia semanal de muchachos y muchachas, antiguos compañeros de su niñez y de la de su hermana, leyó una noche Goethe la Cuarta Memoria, de Beaumarchais, entonces recién publicada. La lectura tuvo gran éxito, y una señorita, de quien andaba Goethe algo enamorado, con íntima satisfacción de las familias de ambos, le rogó que empleara el asunto de la memoria para una obra dramática. Goethe le prometió que traería terminado el drama a la reunión de la semana siguiente. Aquella misma noche, al acompañar a la muchacha a su casa, fué pensando su plan, y se puso inmediatamente al trabajo. "Autorizado por nuestro antepasado Shakespeare", tradujo literalmente de la Memoria la escena capital. El desenlace trágico lo tomó de una balada inglesa. La obra estuvo terminada antes de los ocho días, y fué leída en la reunión inmediata con vivo agrado de todos.

Era esto en la primavera de 1774, cuando Goethe, rozando ya los veinticinco años, empleaba las fuerzas de su genio en la creación de las grandes obras de su juventud—Goetz, Werther, el primitivo Fausto—. No merece, ciertamente, CLAVIJO figurar entre ellas. Sin embargo, el poeta, como en

aquéllas, puso muchos rasgos autobiográficos, muchas de las personales emociones provocadas en él por los sucesos de su vida, bajo la máscara de los personajes y lances dramáticos. La relación entre Clavijo y María, como la de Weislingen y María en Goetz von Berlichingen, encarna el dolor que sentía Goethe por su comportamiento con Federica, la amada de sus tiempos de estudiante en Alsacia, lo mismo que en Carlos están representados los amigos, más o menos filisteos, que pretendían regir la vida del poeta, y que con sus consejos ahogaban en él a veces muchos de sus más altos impulsos. "Cansado de los bellacos que por venganza, odio o por mezquinas intenciones—dice en Ficción y verdad—se oponen a un noble natural y lo arruinan, quise que actuara en Carlos el puro espíritu mundano." Por todo esto elévase Goethe del trivial terreno de la anécdota, y pone muchas veces en boca de sus personajes palabras en que se revela un hondo sentido de la vida. En la gran escena del cuarto acto entre Clavijo y Carlos, por ejemplo, expone éste conceptos acerca de los deberes del hombre superior, en que casi parece anunciarse la moral de Zarathustra.

En cuanto al verdadero Clavijo, que seguía publicando tranquilamente su semanario en Madrid, mientras su contrafigura moría trágicamente en los escenarios alemanes, podemos decir de él que había nacido en 1730, en las islas Canarias, fué guarda de los archivos de la Corona y vicedirector del Museo de Historia Natural. Publicó du-

rante unos veinte años el Mercurio histórico y político de Madrid, y antes, un diario, El Pensamiento. Son muchas las obras que dió a la luz pública, entre ellas una traducción de las de Buffon. Murió en Madrid en 1806.

CLAVIJO

—
DRAMA

PERSONAS

CLAVIJO, *archivero del rey.*

CARLOS, *amigo suyo.*

BEAUMARCHAIS.

MARIA BEAUMARCHAIS.

SOFIA BEAUMARCHAIS.

GUILBERT, *su marido.*

BUENCO.

SAINT-GEORGE.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

Vivienda de Clavijo.

(CLAVIJO. CARLOS.)

CLAVIJO

(Levantándose de la mesa de escribir.) El número hará efecto; encantará a las mujeres. Dime, Carlos, ¿no crees tú que mi semanario es ahora uno de los primeros de Europa?

CARLOS

Los españoles, por lo menos, no tenemos ningún autor nuevo que junte tanta fuerza de pensamiento, fantasía tan floreciente, con un estilo tan brillante y ligero.

CLAVIJO

¡Ya verás! He de ser el iniciador del buen gusto en este pueblo. Las gentes están dispuestas a recibir toda suerte de impresiones; gozo entre mis conciudadanos de un buen nombre glorioso; mis conocimientos, dicho sea entre nosotros, se extienden de día en día; mis sensaciones se ensanchan, y mi estilo se hace cada vez más verdadero y fuerte.

CARLOS

¡Está bien, Clavijo! Pero si no lo tomaras a mal, te diría que me gustaban mucho más tus trabajos cuando los componías a los pies de María; cuando aun tenía influjo sobre ti aquella amable y animosa criatura. No sé por qué, pero todo te salía entonces con un aire juvenil y florido.

CLAVIJO

¡Ah Carlos! Aquéllos eran buenos tiempos, de los que no vuelven. Reconozco francamente que entonces escribía con el corazón más abierto, y no deja de ser verdad que a ella le toca una buena parte del aplauso que desde el principio me otorgó el público. Pero a la larga, amigo Carlos, acaba uno por hartarse de las mujeres. ¿No fuiste tú el primero en aplaudir mi decisión cuando me resolví a dejarla?

CARLOS

¡Te habrías petrificado! Las mujeres son siempre lo mismo. Pero me parece que ya va siendo tiempo de ir pensando otro plan; estar así, como en el aire, no sirve de nada.

CLAVIJO

Mi plan es la corte, y allí no hay tiempo para pensar en otra cosa. ¿No he ido ya bastante lejos para ser un forastero que llegó sin profesión, sin nombre ni fortuna? ¡Aquí, en la corte, entre las apreturas del ávido gentío, donde tan difícil es sostenerse, hacerse notar! Es muy grato para mí volver la vista al camino que queda a mi espalda. ¡Estimado por los primeros personajes del reino! ¡Respetado por mi saber y mi posición! ¡Archivero del rey! Esto mismo me sirve de estímulo, Carlos amigo; no sería nada si quedara donde estoy. ¡Arriba! ¡Arriba! Aquí hace falta fuerza y astucia. Necesita uno de toda su mente... ¡Y las mujeres, las mujeres!... Desperdiciamos demasiado tiempo en jugueteos con ellas.

CARLOS

Tuya es la culpa, loco. Jamás pude vivir sin mujeres, y nunca me estorbaron en nada. Claro

que no les digo tantas lindezas como tú, ni me macero meses enteros con sentimentalismos y zaran-dajas tales. Por eso no me gusta topar con mu-chachas honradas. Pronto se acaba todo lo que puede ser tratado con ellas; después se arrastra uno a su alrededor durante algún tiempo, y apenas han entrado un poco en calor, gracias a nosotros, cuando el diablo les inspira ideas y propósitos de matrimonio, cosa que temo tanto como la peste. ¿Estás pensativo, Clavijo?

CLAVIJO

No puedo librarme de la idea de que he abandonado a María, de que la he burlado... o como quieras tú que se diga.

CARLOS

¡Es asombroso! Sin embargo, me parece que no se vive en este mundo más que una vez, que sólo una vez se dispone de esta fuerza, de estos pensamientos, y quien no los emplea del mejor modo, quien no los lleva tan lejos como sea posible, es un insensato. ¡Y casarse! ¡Casarse en el preciso instante en que nuestra existencia comienza a elevarse! ¡Establecerse doméesticamente, limitarse, cuando aun no hemos dejado detrás de nosotros la mitad de nuestras peregrinaciones, cuando aun

no hemos alcanzado la mitad de nuestras victorias! Que le hubieses cobrado cariño, fué cosa natural; que le dieras palabra de casamiento, fué una locura; pero habérsela cumplido, habría sido un frenesí completo.

CLAVIJO

Mira tú; no puedo comprender a los hombres. La quise de verdad, me atraía, me cautivaba. Cuando me encontraba a sus pies, le juraba y me juraba a mí mismo que siempre había de estar así, que había de ser su esposo tan pronto como tuviera una posición, un empleo... ¡Y ahora, Carlos!

CARLOS

Cuando poseas un nombre consagrado, cuando hayas alcanzado la apetecida meta, será hora de que trates de aliarte con una familia rica y prestigiosa, mediante un razonable casamiento, para coronar y dar solidez a tu dicha.

CLAVIJO

Se ha borrado de mi corazón, se ha borrado por completo, y si la idea de su desgracia no me pasara a veces por la cabeza... ¡Cómo puede uno cambiar tan totalmente!

CARLOS

Lo que a mí me admiraría sería que fuéramos constantes. Fíjate, pues. ¿No cambia todo en el mundo? ¿Por qué habían de permanecer invariables nuestras pasiones? Puedes estar tranquilo; no es la primer muchacha abandonada, ni la primera que se haya consolado. Si he de aconsejarte, ahí tienes a la viuda de enfrente...

CLAVIJO

Ya sabes que no doy gran importancia a tales proposiciones. Una novela que no nace espontáneamente, no puede interesarme.

CARLOS

¡Hay gente delicada!

CLAVIJO

Dejémonos de esto, y no olvidemos que en la actualidad nuestro principal trabajo debe ser el de hacernos necesarios al nuevo ministro. Es fastidioso que Whal renuncie al gobierno de las Indias. Aunque no me asusto mucho, ya que su in-

fluencia continúa... Grimaldi y él son amigos, y nosotros sabemos charlar y hacer reverencias...

CARLOS

Y pensar y hacer lo que queremos.

CLAVIJO

Eso es lo principal en el mundo. (*Toca la campanilla. Entra un criado.*) Lleva el número a la imprenta.

CARLOS

¿Nos veremos esta noche?

CLAVIJO

No es fácil; pero puedes preguntar más tarde...

CARLOS

Esta noche querría hacer algo que me alegrara el corazón; he de pasarme toda la tarde escribiendo. Esto no tiene fin.

CLAVIJO

¡No te quejes! Si no trabajáramos para tanta gente, no nos habríamos elevado sobre tantas cabezas. (*Vanse.*)

Vivienda de Gilbert.

(SOFIA GUILBERT. MARIA BEAUMARCHAIS
DON BUENCO.)

BUENCO

¿Ha pasado usted mala noche?

SOFIA

Ya se lo dije antes de acostarnos. Estaba demasiado alegre y charló hasta las once; quedó excitada y no pudo dormir, y ahora se encuentra otra vez sin ánimos y ha llorado toda la mañana.

MARIA

¡Mi hermano sin llegar, y ya pasan dos días de la fecha marcada!

SOFIA

Un poco de paciencia; aun no se retrasa.

MARIA

(Levantándose.) ¡Qué deseos tengo de ver a ese hermano, mi juez y salvador! Apenas de él me acuerdo.

SOFIA

Pues a mí me parece aún estarlo viendo: era un mancebo de trece años, ardiente, franco y bravo, cuando nuestro padre nos mandó aquí.

MARIA

Un alma grande y noble. Usted leyó la carta que escribió al saber mi desgracia. Cada una de sus expresiones la llevo impresa en mi corazón. "Si eres culpable—decía—, no esperes perdón; al peso de tu miseria se añadirá el desprecio de un hermano y la maldición de un padre. Pero si eres inocente, entonces, la mayor venganza, la más terrible venganza sobre el traidor." ¡Tiemblo! ¡Va a venir! Pero no tiemblo por mí, que soy inocente delante de Dios... Amigos míos, vosotros debéis... No sé lo que quiero. ¡Oh Clavijo!

SOFIA

¡No haces caso de nada! ¡Vas a acabar contigo!

MARIA

Estaré tranquila. Sí. No lloraré. Se me figura, además, que ya no me quedan lágrimas. ¿Y por qué había de llorar? Lo único que siento es amargaros a todos la vida. Porque, bien considerado, ¿de qué me quejo? He sido muy dichosa mientras vivió nuestro viejo amigo. El amor de Clavijo hizo también muy feliz, acaso más que el mío a él. Y ahora, ¿qué vale ya todo? ¿Qué importo yo? ¿Qué importa que una doncella tenga el corazón destrozado, se consuma de pena y pase entre tormentos su pobre juventud?

BUENCO

¡Por el amor de Dios, *mademoiselle!*

MARIA

¿Le será igual no tenerme ya cariño? ¡Ay! ¿Por qué habré dejado de ser digna de amor?... ¡Pero sentirá lástima, tendrá lástima de mí! ¡Lástima de la infeliz para quien tan necesaria había llegado a ser su compañía, y que ahora, sin él, irá

arrastrando lamentablemente su vida! ¡Lástima!
No quiero ser compadecida de los hombres...

SOFIA

Si pudiera enseñarte a despreciarlo. Ese infame,
ese monstruo...

MARIA

No, hermana; infame no lo es. ¿También he de despreciar a quien odio?... ¿A quien odio? Sí, a veces llego a odiarlo... a veces, cuando el espíritu español sopla sobre mí. Hace poco, cuando tropezamos con él, su presencia infundió en mí pleno y encendido amor. Y después, ya en casa, al pensar en cómo se había portado, en la tranquila y fría mirada que dejó caer sobre mí desde el lado de aquella brillante dama, entonces me sentí española de corazón, eché mano a mi puñal, llevé conmigo un veneno, me disfracé... ¿Se asombra usted, Buenco? Con el pensamiento, se entiende.

SOFIA

¡Insensata!

MARIA

Mi imaginación me llevó tras él; lo vi a los pies de su nuevo amor, tan cariñoso y humilde

como cuando a mí me hechizó... Apunté al corazón del traidor. ¡Ay Buenco! De pronto volví a ser la infeliz francesa que no sabe de filtros de amor ni conoce el puñal para sus venganzas. ¡Pobres de nosotras! *Vaudevilles* para divertir a nuestros amantes, abanicos para castigarlos, y si son infieles... Dime, hermana, ¿qué se hace en Francia cuando son infieles los amantes?

SOFIA

Se los maldice.

MARIA

¿Y...?

SOFIA

Y se los deja que se vayan.

MARIA

¡Que se vayan! Y ¿por qué no he de dejar yo que se vaya Clavijo? Si ésta es la moda de Francia, ¿por qué no ha de ser hecho en España? ¿Por qué una francesa no se ha de sentir francesa en España? Lo dejaremos marchar y buscaremos otro. Me parece que es así como se hace en nuestra tierra.

BUENCO

Ha faltado a una solemne promesa; no ha roto un fácil enredo, ni un devaneo de sociedad. *Mademoiselle*, usted ha sido ofendida, lastimada en lo más profundo de su corazón. ¡Oh! Nunca me ha parecido más abrumadora, más angustiosa mi posición de insignificante y pacífico vecino de Madrid, que ahora, que me siento débil e incapaz de obtener justicia a favor de usted contra un falso cortesano.

MARIA

Cuando no era más que Clavijo; cuando aun no era archivero del rey, sino un forastero, un recién venido, acabado de presentar en nuestra casa, ¡qué amable y bueno era! Toda su ambición, sus aspiraciones, parecían hijas de su amor. Por mí era por quien luchaba en demanda de nombre, posición y bienes de fortuna. Ahora los tiene, y yo...

(*Entra GUILBERT.*)

GUILBERT

(*En voz baja, a su mujer.*) Ahí está vuestro hermano.

MARIA

¡Mi hermano! (*Trembla; la llevan a una silla.*)
¿Dónde? ¿Dónde está? ¡Traedlo! ¡Llevadme!

(*Entra BEAUMARCHAIS.*)

BEAUMARCHAIS

¡Hermana mía! (*Apártase de la mayor, precipítase hacia la más joven.*) ¡Hermana mía! ¡Amigos! ¡Hermanas!

MARIA

¿Estás aquí? ¡Oh! ¡Gracias a Dios que estás aquí!

BEAUMARCHAIS

¡Dejadme que me serene!

MARIA

¡Mi corazón! ¡Mi pobre corazón!

SOFIA

¡Tranquilizaos! Querido hermano, esperaba verte más tranquilo.

BEAUMARCHAIS

¡Más tranquilo! ¿Es que estáis tranquilas vosotras? ¿Es que no veo en el desfigurado semblante de esta pobre querida mía, en sus ojos consumidos por el llanto, en su dolorida palidez, en el mortal silencio de vuestros amigos, que sois tan desgraciadas como me lo vine representando todo a lo largo del camino? Más desgraciadas aún, pues ahora os veo, os tengo entre mis brazos... ¡La presencia redobra mi sentimiento, hermana bien amada!

SOFIA

¿Y nuestro padre?

BEAUMARCHAIS

Os bendice y me bendice si os salvo.

BUENCO

Caballero, permita usted a un desconocido, que a primera vista ha reconocido en usted a un hombre valiente y noble, que manifieste el profundo interés que pone en este asunto. ¡Caballe-

ro! Ha emprendido usted este enorme viaje para salvar a su hermana, para vengarla. Bien venido sea; bien venido como un ángel, aunque al mismo tiempo venga usted a avergonzarnos a todos.

BEAUMARCHAIS

Esperaba yo, señor mío, que había de encontrar en España corazones como el de usted; eso me ha estimulado a dar este paso. En ninguna parte del mundo, en ninguna, faltan espíritus que ayuden y aprueben cuando se presenta alguien a quien las circunstancias otorgan plena libertad para realizar sus decisiones. ¡Oh amigos míos! Estoy lleno de esperanza: en todos lados hay excelentes personas entre los grandes y poderosos, y los oídos de los monarcas rara vez son sordos; sólo que nuestras voces suelen ser demasiado débiles para llegar tan alto.

SOFIA

¡Ven, ven, hermana! Ven a descansar un momento. Está fuera de sí. *(Se la llevan.)*

MARIA

¡Hermano mío!

BEAUMARCHAIS

Quiera Dios que seas inocente; y entonces, la mayor, la más tremenda venganza sobre el traidor. (*Vanse Sofía y María.*) ¡Hermano mío! ¡Amigos míos! Leo en vuestras miradas que lo es. Dejad que me serene, y después hacedme un completo e imparcial relato de todo lo sucedido para que regule mis actos por él. El sentimiento de defender una buena causa fortalece mi decisión. ¡Creédme: si tenemos razón, alcanzaremos justicia!

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

En casa de Clavijo.

(CLAVIJO.)

CLAVIJO

¿Quiénes podrán ser esos franceses que me han anunciado su visita?... ¡Franceses! En otro tiempo me era muy simpática esa nación... ¿Y por qué no ahora? Es asombroso cómo un hombre que sabe ponerse por encima de tantas cosas viene a tropezar en semejante menudencia... ¡Fuera!... ¿He de estar obligado a más con respecto a María de lo que lo estoy conmigo mismo? ¿Será deber mío hacerme desgraciado porque una muchacha se haya enamorado de mí?

(UN CRIADO.)

CRIADO

Señor, los extranjeros.

CLAVIJO

CLAVIJO

¡Hazlos pasar! ¿Pero le dijiste a su criado que los esperaba a almorzar?

CRIADO

Como usted lo ordenó.

CLAVIJO

Vuelvo al momento. (*Vase.*)

(BEAUMARCHAIS, SAINT-GEORGE.

El criado les presenta sillas y se va.)

BEAUMARCHAIS

¡Qué peso se me ha quitado de encima, amigo mío; qué contento estoy de verme por fin aquí, de tenerlo en mi poder sin que pueda escapárseme! Esté usted tranquilo; por lo menos, muestre el aspecto más indiferente. ¡Ah! ¡Hermana mía! ¡Hermana mía! ¿Quién había de creer que eras tan inocente como desgraciada? Se hará patente, y serás vengada de la manera más terrible. Y tú, Dios mío, consérvame la serenidad de ánimo que

me prestas en este momento para que, en medio de mi espantosa pena, proceda con toda moderación y con la mayor prudencia posible.

SAINT-GEORGE

Sí; exijo de usted, amigo mío, toda la prudencia que ha mostrado al deliberar sobre el asunto. Prométame de nuevo, querido, que no olvidará dónde se encuentra. En un reino extranjero, donde todos sus protectores, todo su dinero, no tienen poder alguno para defenderlo contra las secretas maquinaciones de indignos enemigos.

BEAUMARCHAIS

¡Esté usted tranquilo! Haga usted bien su papel; él no debe comprender con cuál de los dos tiene que habérselas: Quiero martirizarlo. ¡Oh! Poseo el suficiente buen humor para ir tostando a fuego lento a este pillo.

(Vuelve a entrar CLAVIJO.)

CLAVIJO

Señores, es una gran alegría para mí ver en mi casa gentes de una nación que siempre he venerado.

BEAUMARCHAIS

Caballero, ojalá fuéramos merecedores del honor que se digna usted hacer a nuestros compatriotas.

SAINT-GEORGE

El afán de conocer a usted ha vencido en nuestro ánimo el temor de ser importunos.

CLAVIJO

Personas tan bien recomendadas por su aspecto no deben llevar la modestia hasta este punto.

BEAUMARCHAIS

Verdaderamente, no debe ser cosa nueva para usted el verse visitado por desconocidos, ya que la excelencia de sus escritos le ha hecho tan conocido en reinos extranjeros como le han distinguido en su patria los importantes cargos que su majestad le ha confiado.

CLAVIJO

El rey se muestra muy benévolo con mis pequeñísimos servicios, y el público, muy indulgente para

los insignificantes ensayos de mi pluma. Desearía que, en la medida de mis fuerzas, me fuera dado contribuir al mejoramiento del gusto en mi país y a la difusión de las ciencias, pues ellas son lo único que nos liga con las otras naciones: convierten en amigos a los más alejados espíritus, y mantienen las más gratas relaciones hasta entre los que, por desgracia, suelen estar divididos por razones de estado.

BEAUMARCHAIS

Es delicioso oír hablar así a un hombre que ejerce idéntica influencia en la política y las ciencias. También he de confesar que se adelantó usted a mi pensamiento llevándome directamente a tratar de la pretensión por la cual me ve usted en su presencia. Una sociedad de gentes sabias y dignas me ha encargado que, si encontraba ocasión, adondequiera que llegara, la pusiera en correspondencia con los mejores ingenios del país. Como no hay español que escriba mejor que el autor del periódico que tan conocido se ha hecho bajo el nombre de *El Pensador*, con quien tengo el honor de hablar (*Clavijo hace una cortés reverencia.*), el cual es singular ornamento del mundo de los sabios, por haber sabido unir a su ciencia un grado tal de prudencia mundana, que no podrá menos de ascender a los brillantes puestos de que le hacen merecedor su carácter y conocimientos, creo que no podré prestar mejor servicio a

mis amigos que poniéndolos en relación con tal persona.

CLAVIJO

Nada en el mundo podría ser más deseable para mí que tal proposición, señores míos; merced a ella veo realizadas las más gratas ilusiones a que con frecuencia se entregaba mi corazón, sin esperanza alguna de que salieran ciertas. No es que yo crea poder satisfacer los deseos de sus amigos con mi correspondencia; mi vanidad no va tan lejos. Pero como tengo la suerte de que los más insignes entendimientos de España están en relación conmigo; como nada puede permanecer oculto para mí de cuanto sea hecho en ciencias y artes en nuestro vasto imperio por gentes solitarias y con frecuencia desconocidas, hasta ahora me he considerado como un *colporteur*, con el pequeño mérito de convertir en cosa de utilidad general los inventos ajenos; pero la intervención de ustedes me trueca en comerciante para quien es la dicha de dilatar la fama de su patria con la exportación de los productos nacionales, al tiempo que la enriquece con tesoros extranjeros. Y, por tanto, permita usted, señor mío, que a quien con tanta sencillez me trae tan grato mensaje no le trate como a un desconocido; permítame usted que le pregunte qué asunto, qué propósito le ha hecho emprender tan largo viaje. No es que desee satisfacer indiscretamente una vana curiosidad; figúrese

usted, por el contrario, que le interrogo con la pura intención de emplear en su favor todas las fuerzas, toda la influencia de que pueda disponer, pues le prevengo que ha venido usted a un país donde un extranjero tropieza con innumerables dificultades para el despacho de sus asuntos, principalmente en la corte.

BEAUMARCHAIS

Acepto con la mayor gratitud tan amable ofrecimiento. No tengo por qué tener secretos para usted, caballero, y este amigo no estará de más durante mi relato; está perfectamente enterado de lo que tengo que decirle. (*Clavijo considera atentamente a Saint-George.*) Un comerciante francés, poseedor de poca hacienda y gran número de hijos, tenía muchos corresponsales en España. Uno de los más ricos fué a París hace quince años y le hizo la proposición siguiente: “Dadme dos de vuestras hijas, las llevaré conmigo a Madrid y cuidaré de ellas. Soy soltero, entrado en años, sin familia; harán la felicidad de mis días postreros, y después de mi muerte quedarán dueñas de una de las más acreditadas casas de comercio de España.” Fuéronle confiadas la mayor y una de las hermanas más jóvenes. El padre tomó a su cargo el proveer la casa de todas las mercancías francesas que pudieran apetecerse, y todo marchó perfectamente hasta que

el corresponsal falleció, sin haberse acordado en lo más mínimo de las francesas, que vinieron a encontrarse entonces en el dificultoso caso de tener que regentar solas un comercio nuevo. Mientras tanto, la hermana mayor se había casado, y, a pesar de la exigua cuantía de sus bienes, con su buen proceder y la amenidad de su trato, conservaban una porción de amigos que competían diligentes en ampliar su crédito y sus negocios. (*Clavijo escucha con creciente atención.*) Por estos tiempos, aproximadamente, un mancebo natural de las islas Canarias había sido presentado en la casa. (*Clavijo pierde toda expresión alegre en su semblante, y su gravedad va convirtiéndose en una turbación cada vez más visible.*) Sin considerar lo humilde de su posición y fortuna, acogiósele amistosamente. Las damas, que advirtieron en él gran deseo de aprender la lengua francesa, le facilitaron los medios de que adquiriera en poco tiempo grandes conocimientos. Lleno del afán de hacerse un nombre, ocurriósele la idea de proporcionar a Madrid la diversión, desconocida aún en su patria, de un semanario a la manera de *El Espectador* inglés. Sus amigas no dejaron de ayudarlo de todas suertes; no cabía duda de que la empresa iba a tener el más venturoso resultado. En una palabra: animado por la esperanza de ser dentro de poco hombre de cierta consideración, atrevióse a hacer proposiciones de matrimonio a la más joven de las hermanas. Le fueron dadas esperanzas. "Trate usted de adquirir fortuna—díjole la ma-

yor—, y si un empleo, el favor de la corte o cualquiera otro medio de vida le da derecho a pensar en mi hermana, si ella le prefiere a los demás pretendientes, yo, por mi parte, no podré negarle mi consentimiento.” (*Clavijo se agita en su silla, presa de la mayor confusión.*) La más joven rechazó varios partidos ventajosos; fué creciendo su inclinación hacia él, y le ayudó a soportar las ansias de su espera de un inseguro triunfo; se interesaba por la dicha de aquel hombre como por la suya propia, y le animó a publicar el primer número de su semanario, el cual apareció con un título muy rico en promesas. (*Clavijo se encuentra en la perplejidad más espantosa.*) (*Con la mayor frialdad.*) La publicación gozó de asombrosa fortuna; el propio rey, encantado de la amena producción, otorgó al autor públicas muestras de favor. Fuéle prometido el primer destino de importancia que quedase vacante. Desde aquel momento, alejó él del lado de su amada a todos los competidores, cortejándola públicamente. El casamiento aplazóse sólo en espera del prometido acomodo... Por último, al cabo de seis años de espera, ininterrumpida amistad, ayuda y amor por parte de la doncella; al cabo de seis años de afecto, gratitud, favores y sagradas promesas por parte del hombre, apareció el empleo... y desapareció el amante... (*Escápasele a Clavijo un gran suspiro, que trata de ocultar; está completamente desconcertado.*) La cosa había causado demasiada sensación para que su desenlace pudiera ser mi-

rado con indiferencia. Había sido alquilada una casa para dos familias. Todo el mundo hablaba de ello. Los amigos estaban enojados hasta lo más vivo y buscaban venganza. Solicitóse el auxilio de poderosos protectores. Pero el miserable, que estaba ya iniciado en las intrigas de la corte, supo hacer que resultaran estériles todos los esfuerzos, y fué tan lejos en su insolencia, que osó amenazar a las infelices mujeres; osó decir en su propia cara a los amigos que se dirigieron a él que las francesas debían guardarse muy bien, se lo advertía, de pretender perjudicarle en lo más mínimo, y que si se atrevían a emprender algo contra él, le sería muy fácil perderlas, por estar ellas en país extranjero, sin protección ni auxilio. La pobre muchacha, al oír la noticia, cayó en tierra, presa de convulsiones que amenazaban poner término a su vida. En su profunda aflicción, la hermana mayor escribió a Francia diciendo la afrenta pública que les era inferida. La noticia conmovió de la manera más espantosa a un hermano suyo; pidió licencia para resolver por sí mismo tan embrollado asunto; como en un vuelo vino de París a Madrid, y ese hermano... soy yo, que lo he abandonado todo: patria, deberes, familia, posición, comodidades, para vengar en España a una inocente y desdichada hermana. Vengo, armado de la razón que me asiste y de mi decisión de hacerla valer, a desenmascarar a un traidor, a marcar con sangrientos rasgos su alma en su semblante, y el traidor... ¡eres tú!

CLAVIJO

¡Oiga usted, caballero!... Yo soy... Yo he... No dudo...

BEAUMARCHAIS

¡No me interrumpa usted! Usted no tiene nada que decirme y sí mucho que oír de mí. Y ahora, como principio, tenga usted la bondad de declarar delante de este caballero, que ha venido expresamente de Francia para enterarse de ello, si mi hermana, a causa de alguna infidelidad, ligereza, flaqueza, grosería o cualquier otra falta, ha merecido de usted esta afrenta pública.

CLAVIJO

No, señor. Su hermana de usted, doña María, es una dama llena de ingenio, amabilidad y virtud.

BEAUMARCHAIS

¿Le ha dado a usted, durante sus relaciones, cualquier motivo de queja o desestima?

CLAVIJO

¡Nunca! ¡Jamás!

BEAUMARCHAIS

(*Levantándose.*) ¿Y por qué, entonces, monstruo, fuiste tan inhumano que atormentaste mortalmente a la infeliz muchacha? ¿Acaso porque su corazón te había preferido a otros diez pretendientes mucho más honrados y ricos que tú?

CLAVIJO

¡Oh señor mío! ¡Si supiera usted cómo he sido incitado! ¡Qué diversos consejeros y circunstancias!...

BEAUMARCHAIS

¡Basta! (*A Saint-George.*) Ya ha oído usted la justificación de mi hermana; váyase ahora y hágala pública. Lo demás que tengo que decirle a este señor no necesita testigos. (*Clavijo se levanta. Saint-George se va.*) ¡No se mueva! ¡No se mueva usted! (*Los dos vuelven a sentarse.*) Ya que hemos avanzado tanto, voy a hacerle una proposición, que probablemente será aprobada por usted. Es conveniente para usted, como para mí, que no se case usted con María, y bien comprende que no he venido a hacer el papel de hermano de comedia que desenlaza la trama proporcionándole marido a su hermana. Usted afrentó, a sangre

fría, a una doncella honrada, porque creyó que encontrándose ella en país extranjero no tendría quien la defendiera ni vengara. Así se porta un infame, un miserable. Y, por lo tanto, lo primero es que declare usted por escrito, de su puño y letra, voluntariamente, con las puertas abiertas, en presencia de sus criados, que es usted un hombre abominable, que sin el menor motivo ha engañado, burlado y humillado a mi hermana. Con esta declaración voy a Aranjuez, donde reside nuestro embajador; se la muestro, la hago imprimir, y pasado mañana, todo Madrid está inundado de ejemplares. Tengo aquí amigos poderosos, tengo tiempo y dinero, y todo lo he de emplear en perseguir a usted con toda suerte de crueldades, hasta que mi hermana deponga su enojo, se dé por satisfecha y ella misma le defienda a usted.

CLAVIJO

No escribo esa declaración.

BEAUMARCHAIS

Lo creo muy bien. Probablemente tampoco yo en su lugar la escribiría. Pero ahora viene lo otro: si no la escribe usted, desde este momento me constituyo a su lado, no le abandono ni un instante, le acompaño a todas partes, hasta que usted,

cansado de tal compañía, trate de verse libre de ella detrás del Buen Retiro. ¿Soy más afortunado que usted? Pues sin ver a mi embajador ni haber hablado aquí con nadie, cojo en mis brazos a mi moribunda hermana, la meto en un coche y me vuelvo con ella a Francia. ¿Le favorece a usted la suerte? Pues he cumplido con mi deber, y usted se ríe a costa nuestra. Mientras tanto, ¡el desayuno! (*Beaumarchais toca la campanilla. Un criado trae el chocolate. Beaumarchais coge su jícara y va a pasearse por la inmediata galería, contemplando los cuadros.*)

CLAVIJO

¡Aire! ¡Aire!... ¡Ah Clavijo! Te han sorprendido, te han pescado como a un chicuelo... ¿Dónde estás, Clavijo? ¿Cómo vas a salir de todo esto? ¿Cómo vas a ponerle fin?... ¡Horrible situación en la que te han precipitado tu deslealtad y tu locura! (*Coge la espada que está sobre la mesa.*) ¡Ah! ¡Acabemos!... (*Vuelve a dejarla.*) Pero ¿no habrá otro camino, otra solución más que la muerte... o el homicidio? ¡Espantoso homicidio!... ¡Arrebatar a la infeliz muchacha su último consuelo, su solo sostén, su hermano!... ¡Ver correr la sangre de este mancebo, valiente y noble!... ¡Y echar así sobre ti la doble e insoportable maldición de una familia destruída!... ¡Oh! ¡No eran éstas las perspectivas que se abrían ante ti cuando la amable

criatura te sedujo con sus gracias en el instante de conocerla!... Y al abandonarla, ¿cómo no viste las espantosas consecuencias de tu vergonzosa acción?... ¡Qué bienaventuranza te esperaba entre sus brazos! ¡Con la amistad de un hermano como éste!... ¡María! ¡María! ¡Si quisieras perdonarme! ¡Si llorando a tus pies me fuera dado expiar mis culpas!... ¿Y por qué no?... Mi corazón se desborda; el alma se abre a la esperanza... ¡Caballero!

BEAUMARCHAIS

¿Qué resuelve usted?

CLAVIJO

¡Escúcheme! Mi conducta con su hermana no tiene disculpa. La vanidad me ha perdido. Temía que todos mis planes, las perspectivas de un glorioso porvenir, vinieran a tierra con tal matrimonio. Si hubiese podido saber que tenía un hermano como usted, ya no habría pasado a mis ojos por una insignificante extranjera; hubiera esperado de tal unión las mayores ventajas. Caballero, estoy lleno de la más alta estimación hacia usted, y al tiempo que usted me hace sentir vivamente la injusticia de mi proceder, infunde en mí el afán, la fuerza de repararlo todo. ¡Me postro a sus pies! ¡Ayúdeme usted! ¡Ayúdeme usted, si es

posible, a extirpar mis culpas y poner término a la desgracia! ¡Concédame usted otra vez a su hermana, caballero, concédamela de nuevo! ¡Qué feliz sería yo si de su mano recibiera a mi esposa y el perdón de todas mis faltas!

BEAUMARCHAIS

¡Ya es tarde! Mi hermana ya no le ama, y yo le aborrezco. Escriba la declaración que le he dicho; otra cosa no exijo de usted, y déjeme a mí el cuidado de elegir venganza.

CLAVIJO

Esa obstinación no es justa ni prudente. Reconozco que no reside en mí el poder de reparar tan graves culpas. ¿Repararlas? Sólo depende del corazón de su excelente hermana; de si ella consiente en volver a ver a un miserable, indigno de contemplar la luz del día. Pero su deber de usted, caballero, es intentarlo y proceder en consecuencia, si el paso que ha dado no ha de ser tenido por un juvenil e irreflexivo acaloramiento. Si doña María se mantiene inflexible... ¡Oh, conozco su corazón! ¡La bondad de su alma celestial se me representa vivamente!... Si se mantiene inexorable, entonces será tiempo, caballero...

BEAUMARCHAIS

Insisto en la declaración.

CLAVIJO

(*Yendo hacia la mesa.*) ¿Y si yo echo mano a la espada?

BEAUMARCHAIS

(*Imitándole.*) Muy bien; perfectamente bien, caballero.

CLAVIJO

(*Deteniéndole.*) ¡Dos palabras! Usted tiene la razón de su parte; deje que tenga yo la prudencia. ¡Reflexione en lo que hace! Pase lo que pase, los dos estaremos irremediablemente perdidos. ¿No había de morirme yo de dolor y de angustia si su sangre hubiera teñido mi espada, si sobre todas las desgracias que por mi culpa afligen a María viniera aún a arrebatarme la vida de su hermano? Por otra parte..., el matador de Clavijo no volvería jamás a cruzar los Pirineos.

BEAUMARCHAIS

¡La declaración, la declaración, caballero!

CLAVIJO

CLAVIJO

Pues bien, ¡sea! Quiero hacer todo lo necesario para convencer a usted de la rectitud de propósito que me inspira su presencia. Escribiré la declaración, la escribiré dictada por usted. Pero prométame solamente no hacer uso de ella hasta que yo haya podido convencer a doña María de la mudanza de mi corazón y de mi arrepentimiento, hasta que yo haya hablado un momento con su hermana mayor, hasta que ésta haya dicho unas bondadosas palabras en mi favor a mi amada. ¡Sólo hasta entonces, caballero!

BEAUMARCHAIS

Parto para Aranjuez.

CLAVIJO

Está bien; pero la declaración no ha de salir de su cartera hasta que esté usted de regreso. Entonces, si no he alcanzado perdón, dé usted libre curso a su venganza. Esta proposición es justa, decorosa, prudente; mas si a usted no le parece así, echémoslo a vida o muerte. Usted y su pobre hermana serán las víctimas de su precipitación.

BEAUMARCHAIS

¡Le honra a usted mucho esa compasión hacia quien ha hecho desgraciada!

CLAVIJO

(*Sentándose.*) ¿Se da usted por conforme?

BEAUMARCHAIS

Bueno; accedo. Pero ni un momento más. Vuelvo de Aranjuez, pregunto, me entero, y si no ha sido usted perdonado, como espero, como deseo, en el mismo instante me voy con la declaración a la imprenta.

CLAVIJO

(*Coge papel.*) ¿Cómo la quiere usted?

BEAUMARCHAIS

Los dos solos, no; en presencia de sus criados, caballero.

CLAVIJO

¿Para qué?

BEAUMARCHAIS

Ordéneles usted solamente que permanezcan en la galería inmediata. Es preciso que no pueda decirse que ha sido usted forzado.

CLAVIJO

¡Qué precauciones!

BEAUMARCHAIS

Estoy en España y tengo que habérmelas con usted.

CLAVIJO

¡Bueno! (*Toca la campanilla. Sale un criado.*) Llama a la servidumbre y que se junten todos en la galería inmediata. (*Vase el criado. Llegan los otros y ocupan la galería.*) ¿Deja usted que yo mismo redacte la declaración?

BEAUMARCHAIS

De ningún modo, caballero. Escriba usted, le ruego, lo que yo le dicte. (*Clavijo escribe.*) “Yo,

el abajo firmante, José Clavijo, archivero del Rey...”

CLAVIJO

Del Rey.

BEAUMARCHAIS

“...reconozco que, habiendo sido recibido amistosamente en casa de Madame Guilbert...”

CLAVIJO

Guilbert.

BEAUMARCHAIS

“...mediante promesas de casamiento, muchas veces reiteradas, he engañado a su hermana, mademoiselle de Beaumarchais...” ¿Está ya?

CLAVIJO

¡Caballero!

BEAUMARCHAIS

¿Tiene usted otra palabra que exprese su conducta?

CLAVIJO

Creía...

BEAUMARCHAIS

Engañado. Ya que lo ha hecho, mejor podrá escribirlo... "La he abandonado sin que la menor falta o flaqueza de su parte pudiera servir de pretexto o disculpa a este perjurio."

CLAVIJO

¡Adelante!

BEAUMARCHAIS

"Al contrario, el porte de la señorita ha sido siempre honesto, irreprochable y merecedor del mayor respeto."

CLAVIJO

Del mayor respeto.

BEAUMARCHAIS

"Confieso que con mi conducta, con mis irreflexivas palabras, con la interpretación que se ponía en ellas, he humillado en público a esta virtuosa señorita, por lo cual le pido perdón, aunque al pro-

pio tiempo no me considero digno de recibirlo..."
(Clavijo deja de escribir.) ¡Escriba usted! ¡Escriba usted!... "De lo que doy este testimonio, por libre y plena voluntad, con la promesa especial de que, si esta satisfacción no fuere suficiente, a juicio de la ofendida, estoy dispuesto a dársela en cualquier otra forma que pueda pretenderla. Madrid..."

CLAVIJO

(Se levanta. Hace seña a los criados para que se retiren y tiende el papel a Beaumarchais.) Trato con un ofendido, pero con un hombre de honor. Usted cumplirá su palabra y aplazará su venganza. Por esa única consideración, con esa esperanza, he puesto ante mí el deshonroso papel, a lo cual, en otro caso, nada me hubiera forzado. Pero antes de presentarme a doña María he decidido dar a alguien la comisión de hablar en mi favor... y ese alguien es usted.

BEAUMARCHAIS

¡No se lo figure!

CLAVIJO

Por lo menos, dígame el amargo y profundo arrepentimiento que ha visto en mí. Es lo único, lo

único que le pido. No me lo niegue. Tendría que valerme de otro intercesor menos poderoso, y, además, usted está obligado a hacerle un relato fiel. Cuéntele cómo me ha dejado.

BEAUMARCHAIS

¡Bueno! Eso puede ser. Lo haré. Y ahora, ¡adiós!

CLAVIJO

¡Adiós! (*Quiere cogerle la mano. Beaumarchais la retira.*) (*Solo.*) ¡Qué cambio tan inesperado! Es un vértigo, un sueño... No hice bien en entregar esa declaración... Pero fué tan rápido, tan imprevisto como un rayo.

(*Entra CARLOS.*)

CARLOS

¿Qué visita has tenido? Está en conmoción toda la casa. ¿Qué ocurre?

CLAVIJO

El hermano de María.

CARLOS

Me lo temía. Ese maldito criado viejo, que sirvió en casa de Guilbert y que ahora husmea por mi cuenta, sabía ya desde ayer que lo esperaban; pero no me encontró hasta este momento. ¿Estuvo aquí?

CLAVIJO

Un joven excelente.

CARLOS

De quien muy pronto nos veremos libres. Ya por el camino vine pensando el modo... ¿Qué ha habido? ¿Un desafío? ¿Una retractación? ¿Venía muy acalorado el mozo?

CLAVIJO

Deseaba una declaración de que su hermana no me dió ningún motivo para dejarla.

CARLOS

¿Y se la has dado?

CLAVIJO

Me pareció lo mejor.

CARLOS

Bueno, bueno, muy bien. ¿Y no se le ocurría ninguna otra cosa?

CLAVIJO

Exigía un desafío o la declaración.

CARLOS

Lo último fué lo mejor. Cualquiera se atreve a exponer su vida ante ese mamarracho romántico. ¿Y empleó violencias para exigir el documento?

CLAVIJO

Me lo dictó él mismo, y tuve que hacer que los criados estuvieran en la galería.

CARLOS

¡Comprendido! ¡Ah! ¡Ya te tengo cogido, caballero! ¡Eso te pierde! Llámame imbécil si antes

de dos días no he zampado en la cárcel a ese bribón, y si no hago que se lo lleven a las Indias en la primer leva.

CLAVIJO

No, no, Carlos. La cosa es muy distinta de lo que tú te figuras.

CARLOS

¿Cómo?

CLAVIJO

Espero que por su mediación veré cumplido mi vehemente deseo de ser perdonado por aquella infeliz.

CARLOS

¡Clavijo!

CLAVIJO

Espero borrar lo pasado, deshacer todo desconcierto y volver a ser un hombre honrado a mis ojos y a los de todo el mundo.

CARLOS

¡Demonio! ¿Has vuelto a la infancia? ¡Que siempre en ti ha de asomar su oreja el sabio!...

¡Dejarte engañar! ¿No comprendes que todo eso no es más que un plan preparado para cogerte en sus redes?

CLAVIJO

No, no, Carlos. El no desea el matrimonio; todos se oponen, y ella no quiere oír hablar de mí.

CARLOS

¡En eso, en eso consiste precisamente! No, amigo mío, no lo tomes a mal, pero ése es un recurso que hasta en las comedias he visto ya empleado para embaucar a algún señorito de pueblo.

CLAVIJO

Me ofendes. Te ruego que guardes tus bromas para el día de mi boda. Estoy decidido a casarme con María, libremente, de propia voluntad. Todas mis esperanzas, toda mi felicidad, depende de que logre alcanzar su perdón. Y después, ¡vete a paseo, orgullo! El pecho de mi amada es mi cielo, como en otro tiempo; la gloria que gane, todas las grandezas a que me eleve, me darán doblada alegría, ya que las compartirá conmigo quien duplica mi valer. ¡Adiós! Voy a su casa; por lo menos hablaré con los de Guilbert.

CARLOS

¡Espérate hasta la tarde!

CLAVIJO

¡Ni un momento! (*Vase.*)

CARLOS

(*Lo ve marchar y se queda un instante silencioso.*) ¡He aquí otro que va a cometer una gran tontería!

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

Vivienda de Guilbert.

(SOFIA GUILBERT. MARIA BEAUMARCHAIS.)

MARIA

¿Lo has visto? ¡Me tiembla todo el cuerpo! ¿Lo has visto? Estuve a punto de caer desmayada cuando oí que iba a venir. ¡Y tú lo has visto! No; no puedo..., no podré volver a verlo nunca.

SOFIA

Estaba como enajenada cuando él entró. Porque, ¡ay!, ¿no lo he querido yo, como tú, con el cariño más puro, completo y fraternal? ¿No me ha dolido y atormentado su separación?... ¡Y ahora verlo otra vez a mis pies, lleno de arrepentimiento!...

¡Hermana! No sé qué encanto hay en su aspecto, en el tono de su voz. Es...

MARIA

¡Nunca, nunca más!

SOFIA

Es el mismo de siempre; el mismo corazón bueno, dulce y sensible; la misma vehemencia apasionada. Siempre el mismo afán de ser querido y la misma angustia y mortificación cuando le es negado el cariño. ¡Todo lo mismo! ¡Todo! Y de ti, María, habla como en aquellos dichosos días de fogosa pasión; parece como si tu genio protector hubiese provocado este intermedio de infidelidad y separación para interrumpir la uniformidad y languidez de unas relaciones largas, renovando la viveza de vuestros sentimientos.

MARIA

¿Hablas en su favor?

SOFIA

No, hermana; no se lo he prometido. Pero, querida mía, yo veo las cosas como son. Tú y nuestro

hermano las veis a una luz demasiado romántica. Tienes de común con muchas excelentes muchachas que tu amante te fué infiel y te abandonó. Que vuelva a presentarse, corregido por el arrepentimiento de sus faltas, queriendo renovar las viejas esperanzas..., es una suerte que otra cualquiera no rechazaría fácilmente.

MARIA

¡Se me desgarraría el corazón!

SOFIA

Lo creo. En el primer momento tiene que hacerse dolorosa impresión...; pero, querida mía, te ruego que no te imagines que ese temor, ese aturdimiento, que parece apoderarse de todos tus sentidos, es efecto del odio, de la antipatía. Tu corazón habla en favor suyo más de lo que tú te figuras, y precisamente porque llena de anhelo deseabas su vuelta, no te fías ahora de ti misma para volver a verlo.

MARIA

¡Por piedad!

SOFIA

Tienes que ser feliz. Si yo conociera que lo despreciabas, que te era indiferente, no te diría una palabra más ni volvería él a ver mi semblante. Pero tal como son las cosas, amor mío... Ya me darás las gracias por haberte ayudado a vencer esta tímida vacilación, que es el signo del más profundo cariño.

(GUILBERT y BUENCO entran.)

SOFIA

Vengan, vengan ustedes; Buenco, Guilbert. Ayúdeme a infundir ánimos y resolución a esta niña, ya que aun es tiempo.

BUENCO

Quisiera poder decirle: Nunca más le vuelvas a hablar.

SOFIA

¡Buenco!

BUENCO

El corazón se me subleva en el pecho ante la sola idea de que ha de ser dueño de este ángel

aquél que lo ha ofendido tan indignamente, arrastrándolo hasta el borde del sepulcro. ¡Ser su dueño! ¿Por qué? ¿Por qué motivo quiere arreglar ahora lo que había roto él mismo?... ¿No hay más que volver por lo que se le antoja de nuevo, y decir: “Ahora me gusta, ahora la quiero”, como si esta excelente alma fuera una despreciable mercancía que acaba uno por arrojársela a cualquier comprador que nos ha atormentado hasta los tuétanos con sus bajos regateos y sus judaicos ires y venires? No; no voto por él, aunque hablara en su favor el propio corazón de María... Vuelve a presentarse. ¿Y por qué ahora? ¿Precisamente ahora?... ¿Le era necesario esperar la llegada de su valiente hermano, cuya venganza no puede menos de temer, para venir como un niño de la escuela pidiendo perdón? ¡Ah! ¡Es tan cobarde como miserable!

GUILBERT

Habla usted como español y como si no conociera a los españoles. En estos momentos se cierne sobre nosotros un gran peligro, que no es visto por ninguno de vosotros.

MARIA

¡Querido Guilbert!

GUILBERT

Admiro el espíritu emprendedor de nuestro hermano; he contemplado calladamente su conducta heroica, y deseo que todo pueda terminar con bien; que María acabe por decidirse a dar su mano a Clavijo, a quien (*Sonriéndose.*) ya tiene entregado su corazón.

MARIA

Sois crueles.

SOFIA

Oyelo bien..., por favor, óyelo bien.

GUILBERT

Tu hermano, para justificarte a los ojos del mundo, le ha arrancado una declaración que nos perderá.

BUENCO

¿Cómo?...

MARIA

¡Dios mío!

GUILBERT

La escribió con la esperanza de conmoverte. Si no lo consigue, empleará todos los medios posibles para hacer desaparecer ese documento; está en su mano, y lo hará. Tu hermano se propone imprimirlo y repartirlo inmediatamente después de su vuelta de Aranjuez. Temo que, si te obstinas, no llegue a volver.

SOFIA

¡Guilbert mío!

MARIA

¡Me muero!

GUILBERT

Clavijo no puede permitir que se divulgue el documento. Rechazas su proposición; si es hombre de honor, va al encuentro de tu hermano, y uno de los dos queda sobre el terreno. Tu hermano está perdido, perezca o venza. ¡Un extranjero en España!... ¡Matador de un cortesano favorito!... Hermana mía, es muy laudable que se tengan tan nobles sentimientos e ideas; pero causar su propia perdición y la de los suyos...

MARIA

Aconséjame, Sofía, sálvame.

GUILBERT

Bueno, diga usted si me equivoco.

BUENCO

No se atreverá, teme por su vida; si no hubiese escrito el documento, no habría solicitado la mano de María.

GUILBERT

Tanto peor; encontrará cientos de hombres que le presten su brazo; que esperen pérfidamente a nuestro hermano en el camino y le arrebaten la vida. ¡Ah!, Buenco, ¿es usted un niño? ¿Cómo se imagina usted un cortesano que no tenga a sueldo algún asesino?

BUENCO

El rey es grande y bueno.

GUILBERT

¡Arriba, entonces! Penetre usted a través de todos los muros que le rodean, la guardia, la etiqueta; todo aquello con que los cortesanos lo han

separado de su pueblo, y sálvenos... ¿Quién viene?
(*Entra Clavijo.*)

CLAVIJO

¡Es preciso! ¡Es preciso! (*María lanza un grito y cae en brazos de Sofía.*)

SOFÍA

¡Cruel! ¡En qué situación nos colocas! (*Guilbert y Buenco se acercan a ella.*)

CLAVIJO

Sí, ¡es ella! ¡Es ella! ¡Y yo soy Clavijo!... Oigame usted, querida mía, ya que no quiere verme. En los tiempos en que Guilbert me recibió amistosamente en su casa, cuando era yo un pobre joven insignificante y tenía el corazón lleno de irreprimible amor hacia usted, ¿había algún mérito en mí? ¿O era más bien una íntima concordancia de carácter, una secreta inclinación de los corazones, lo que hacía que tampoco yo fuera indiferente para usted; que al cabo de algún tiempo pudiera alabarme de poseer plenamente su afecto? Y ahora... ¿no soy el mismo? ¿No es usted la misma? ¿Por qué no he de esperar? ¿Por qué no he de suplicarle? ¿No quería volver a

estrechar contra su pecho a un amigo, a un amante, a quien usted juzgaba perdido desde mucho tiempo atrás en una peligrosa y desgraciada navegación, si llegara inesperadamente y pusiera a sus pies su salvada existencia? Y todo este tiempo, ¿he flotado yo en un mar menos tempestuoso? Nuestras pasiones, con las cuales vivimos en perpetua lucha, ¿no son más espantosas, más indomables que las olas que habrían arrastrado a aquel desgraciado lejos de su patria? ¡María! ¡María! ¿Cómo puede usted odiarme si nunca he dejado de amarla? En medio de todos los vértigos, a través de todos los tentadores cantos de la vanidad y del orgullo, me he acordado siempre de aquellos felices y despreocupados días que yo pasaba a sus pies en la más deliciosa limitación, cuando veíamos abrirse ante nosotros larga serie de floridas perspectivas... Y ahora, ¿por qué no ha de querer usted realizar conmigo todo aquello que entonces esperábamos? ¿No quiere usted gozar plenamente de las dichas de la vida porque un lúgubre intervalo se interpuso entre nuestras esperanzas? No, amada mía; créame usted: las mejores alegrías del mundo no son completamente puras; las más altas delicias son interrumpidas por nuestras pasiones o por el destino. ¿Hemos de quejarnos de que no haya acaecido, como a todos los otros, y hemos de incurrir en la falta de alejar de nosotros esta ocasión de restablecer todo lo pasado, tranquilizar a una perturbada familia, recompensar la vale-

rosa acción de un noble hermano, asegurando para siempre nuestra propia dicha?... Amigos míos, de quienes no soy digno; amigos míos, que tenéis que serlo porque lo sois de la virtud, a la que vuelvo a acogerme, unid vuestras súplicas a las mías. ¡María! (*Póstrase en tierra.*) ¡María! ¿No conoces ya mi voz? ¿No percibes los acentos de mi corazón? ¡María! ¡María!

MARIA

¡Oh, Clavijo!

CLAVIJO

(*Levántase rápido, y cubre sus manos de ardorosos besos.*) ¡Me perdona! ¡Me ama aún! ¡Oh María! ¡Me lo decía mi corazón! Si me hubiese arrojado a tus pies, llorando en silencio mi dolor y mi arrepentimiento, me habrías comprendido sin palabras como yo sin palabras recibo tu perdón. No, esta afinidad interna de nuestras almas no puede ser anulada; percíbense una a otra, lo mismo que en otros tiempos, cuando no era necesaria voz ni gesto para que comunicaran las más íntimas emociones. ¡María!... ¡María!... ¡María!...

(*BEAUMARCHAIS se presenta.*)

BEAUMARCHAIS

¡Ah!

CLAVIJO

(Precipitándose hacia él.) ¡Hermano mío!

BEAUMARCHAIS

¿Le perdonas?

MARIA

¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Pierdo el sentido! *(La llevan fuera.)*

BEAUMARCHAIS

¿Lo ha perdonado?

BUENCO

Así parece.

BEAUMARCHAIS

No mereces esa dicha.

CLAVIJO

Créeme que pienso lo mismo.

SOFIA

(*Volviendo a entrar.*) Le perdona. Un mar de lágrimas brota de sus ojos. “Que se vaya hasta que me serene”—exclamó sollozando—. “Le perdono.” Y añadió, colgándose de mi cuello: “¡Ay hermana! ¡Por dónde sabrá él que le amo tanto!”

CLAVIJO

(*Besándole la mano.*) Soy el hombre más feliz del mundo. ¡Hermano mío!

BEAUMARCHAIS

(*Le abraza.*) Muy sinceramente entonces. Aunque tenga aún que decirle: todavía no puedo ser su amigo, todavía no le puedo querer. Pero sea usted uno de los nuestros, y olvídese todo. Aquí tiene usted el documento que me entregó. (*Lo saca de su cartera, lo rompe y le da los pedazos.*)

CLAVIJO

Soy vuestro, eternamente vuestro.

SOFIA

Le suplico que se retire, para que María no oiga su voz y pueda serenarse.

CLAVIJO

(*Va abrazando a todos.*) ¡Adiós! ¡Adiós!... Mil besos a mi ángel. (*Vase.*)

BEAUMARCHAIS

Sea, pues, así, aunque yo hubiera deseado que fuera de otra manera. (*Sonriéndose.*) Una doncella es siempre una criatura de muy buen corazón... Y, amigos míos, también tengo que confesar que el deseo de nuestro embajador era que María le perdonara y que esta enojosa historia pudiera terminarse con un feliz casamiento.

GUILBERT

Vuelvo a sentirme tranquilo.

BUENCO

Ya es cuñado de ustedes, y yo me retiro. No volverán a verme por su casa.

BEAUMARCHAIS

¡Caballero!

GUILBERT

¡Buenco!

BUENCO

Lo odiaré hasta el día del juicio. Y fíjense bien en la clase de hombre con quien tienen que tratar. (*Vase.*)

GUILBERT

Es un lúgubre pajarraco agorero. Ya vendrá a las buenas con el tiempo, cuando vea que todo va bien.

BEAUMARCHAIS

Sin embargo, me he precipitado demasiado a devolverle el documento.

GUILBERT

¡No importa! ¡No importa! ¡No hay que preocuparse! (*Vase.*)

ACTO CUARTO

ACTO CUARTO

Vivienda de Clavijo

(CARLOS, *solo.*)

CARLOS

Es muy laudable que al hombre que con sus prodigalidades o cualquier otra locura muestra que tiene obscurecida la razón se le nombre de oficio un tutor. Si esto hacen las autoridades, que, por lo demás, no se preocupan mucho de nosotros, ¿cómo no ha de hacerlo un amigo? ¡Estás en mala situación, Clavijo! Pero aún tengo esperanzas. Aunque seas mucho menos dócil que de costumbre, todavía es tiempo de guardarte de una locura que con tu carácter vehemente y sensible haría la desgracia de tu vida y te llevaría antes de tiempo a la sepultura. Aquí llega.

(*Entra CLAVIJO, pensativo.*)

CLAVIJO

¡Buenos días, Carlos!

CARLOS

Saludo melancólico y forzado. ¿Vienes con ese humor de casa de tu novia?

CLAVIJO

¡Es un ángel! ¡Todos son gente excelente!

CARLOS

No os daréis tanta prisa con la boda, que no tenga uno tiempo de encargarse un traje bordado.

CLAVIJO

Hables en broma o en serio, nuestra boda no será una exhibición de trajes bordados.

CARLOS

Bien lo creo.

CLAVIJO

La complacencia en nosotros mismos, la amistosa armonía, serán la sola pompa de esta solemnidad.

CARLOS

¿Celebraréis un casamiento silencioso y humilde?

CLAVIJO

Como gentes que comprenden que su dicha depende de ellos mismos.

CARLOS

Dadas las circunstancias, está muy bien pensado.

CLAVIJO

¡Circunstancias! ¿Qué quieres decir al hablar de circunstancias?

CARLOS

Como van ahora las cosas, como se presentan y se encuentran.

CLAVIJO

Escucha, Carlos: no puedo sufrir en mis amigos ese tono de reserva. Ya sé que no eres partidario de ese matrimonio; no obstante, si tienes algo que decir en contra de él, dilo derechamente. ¿Cómo van, pues, las cosas? ¿Cómo se presentan?

CARLOS

Ocurren en la vida muchos casos asombrosos e inesperados, y sería peor si todo fuera como por carriles. No tendríamos nada de qué admirarnos, nada de qué cuchichear juntando las cabezas, nada de qué murmurar en sociedad.

CLAVIJO

Ruido no dejará de hacerlo.

CARLOS

¡La boda de Clavijo! Bien se comprende ¿Cuántas muchachas hay en Madrid que esperan en ti, que confían en ti, y a quienes haces ahora esta jugarreta?

CLAVIJO

Pues así será.

CARLOS

No deja de ser extraño. He conocido pocos hombres que ejerzan sobre las mujeres una impresión tan grande y general como tú. En todas las clases sociales hay buenas niñas que se ocupan en trazar planes y proyectos para lograr atrapar. Unas cuentan con su hermosura; otras, con sus riquezas, su posición, su ingenio, su familia.

¡Cuántos cumplimientos me hacen a mí por amor tuyo! Pues, a la verdad, ni mi nariz chata, ni mi cabello crespo, ni menos mi conocido desprecio por las mujeres, pueden atraerme tales éxitos.

CLAVIJO

Te mofas.

CARLOS

¡Como si yo no hubiese tenido en mi poder declaraciones amorosas garrapateadas por las más delicadas patitas, tan faltas de ortografía como sólo puede estarlo el manuscrito de una enamorada doncella! ¡Cuánta linda dueña no me ha venido a la mano con tal motivo!

CLAVIJO

¿Y no decías palabra de todo esto?

CARLOS

Porque no quería ocuparte con vanas fantasías, y jamás hubiera podido aconsejarte que te ocuparas en serio de una sola de ellas. ¡Oh Clavijo, tu suerte le importaba a mi corazón tanto como la mía propia! No tenía ningún amigo sino tú; los hombres me son insoportables, y tú también comienzas a sérmelo.

CLAVIJO

Estate tranquilo, te lo ruego.

CARLOS

Quémasele a uno la casa que ha estado construyendo durante diez años, y le mandan un padre confesor que le recomiende resignación cristiana... No debe uno interesarse más que por sí propio; todos los hombres valen lo mismo.

CLAVIJO

¿Vuelves a tus hostiles manías?

CARLOS

Si vuelvo a caer por completo en ellas, ¿quién sino tú tendrá la culpa? Yo me decía: ¿qué vale ahora para él el más ventajoso matrimonio? Si fuera hombre vulgar, ya habría llegado bastante lejos; pero con su talento, sus dones, sería imperdonable, sería imposible que se quedara donde está... Yo hacía mis proyectos. Hay tan pocos hombres que a un tiempo sean tan emprendedores, tan dúctiles, tan espirituales y tan diligentes como él... Es perfecto en todos los terrenos; como archivero puede adquirir rápidamente los más importantes conocimientos, llegará a hacerse indispensable, y cuando ocurra un cambio será ministro.

CLAVIJO

Te confieso que también he solido entregarme a esos mis sueños.

CARLOS

¡Sueños! Tan seguro como que yo me encaramo a lo alto de una torre si me acerco a ella con

el firme propósito de no cejar hasta que la haya escalado, es que hubieses tú superado todas esas dificultades. Y lo demás ya no me hubiera dado miedo. No has heredado riquezas; tanto mejor: eso te haría más celoso de adquirirlas y más atento para conservarlas. Quien anda en las alcabalas y no se enriquece, es un babieca. Y, además, no sé yo por qué el país no ha de pagar tantos tributos al ministro como al rey. Este pone el nombre, y aquél, el esfuerzo... Pues cuando ya tenía todo esto arreglado, comenzaba a pensar en un buen partido para ti. Veía muchas soberbias casas que habrían cerrado los ojos a la humildad de tu cuna, muchas de las más ricas que con gusto habrían pagado el boato de tu posición sólo por poder participar de los esplendores del segundo rey. Y ahora...

CLAVIJO

Eres injusto y rebajas demasiado mi situación presente. ¿Crees tú que no seré capaz de seguir avanzando con paso cada vez más fuerte?

CARLOS

Querido amigo, rómpele el tallo a una planta, y por más brotes laterales que después eche, sólo conseguirá, cuando más, llegar a ser un robusto matojo, pero está perdida la orgullosa y regia es-

beltez del vástago primero. Y no creas que este matrimonio será mirado con indiferencia por la corte. ¿Has olvidado qué clase de personas te han disuadido de las relaciones, del enlace con María? ¿Has olvidado quién te sugirió la prudente idea de abandonarla? Tengo que firtelas nombrando una a una.

CLAVIJO

Ya me ha atormentado el pensamiento de que muy pocas aprobarían este paso.

CARLOS

¡Ni una sola! ¿Cómo no habrán de enojarse tus poderosos amigos de que sin consultar con ellos, sin su consejo, te hayas sacrificado inmediatamente, como muchacho aturdido que en el mercado tira su dinero por un puñado de nueces picadas del gusano?

CLAVIJO

Eso es grosero y exagerado, Carlos.

CARLOS

Ni en una coma. Pase que por una pasión haga uno cualquier tontería. Casarse con una donce-

lla de labor porque es hermosa como un ángel. Bueno. Quien lo haga será censurado, pero la gente le tendrá envidia.

CLAVIJO

¡La gente! ¡Siempre la gente!

CARLOS

Ya sabes tú que yo no soy de los que andan desalados solicitando el aplauso de los otros; pero, sin embargo, es eterna verdad que quien no hace nada para los demás, no hace nada para sí; y si los hombres no te admiran o envidian, tampoco tú eres feliz.

CLAVIJO

El mundo juzga por las apariencias. ¡Oh! ¡Quien posee el corazón de María es digno de envidia!

CARLOS

Las cosas son lo que parecen. Pero, en verdad, bien secretas deben ser las cualidades que hacen envidiable tu dicha; porque en lo que uno alcanza a ver por sus ojos o a comprender con su razón humana...

CLAVIJO

Quieres aniquilarme.

CARLOS

¿Cómo ha sido eso?, preguntará toda la villa. ¿Cómo ha sido eso?, preguntará la corte. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha sido eso? Es pobre, sin calidad; si Clavijo, en otro tiempo, no hubiese tenido una aventura con ella, nadie sabría de su existencia en el mundo. Debe ser discreta, simpática, graciosa. Pero ¿quién busca mujer por eso solo? Eso se acaba en los primeros tiempos de matrimonio. ¡Ah!, dice alguno, debe de ser hermosa, encantadora, excepcionalmente hermosa... Entonces se comprende, dice otro..

CLAVIJO

(Desconcertado, deja escapar un profundo suspiro.) ¡Ay!

CARLOS

¿Hermosa?, exclama una, ¡puede pasar! Hace seis años que no la he visto. Entonces bien puede haberse transformado en ese tiempo, dice otra.

Hay, pues, que estar con cuidado; pronto la sacará al mundo, dice una tercera. Preguntan, acechan, se afanan, esperan, se impacientan, recuérdase siempre al orgulloso Clavijo, que nunca se dejó ver en público, sino llevando en triunfo a una gallarda, magnífica española, de ojos soberbios, cuyo lleno pecho, floridas mejillas y ardientes miradas parecían preguntar a todos los que la rodeaban: “¿No soy digna de mi caballero?” Y que en su petulancia, para dar distinción y dignidad a su figura, dejaba flotar al viento, tras sí, la cola de su vestido... Por fin aparece el señor de Clavijo, y todo el mundo se queda sin saber qué decir... Preséntase adornado con su diminuta francesa, saltacharquillos y de ojos hundidos, que ostenta la consunción en todos sus miembros, aunque haya pintado de blanco y rojo su tez de cadáver. ¡Oh hermano mío, yo me pondré furioso, me echaré a correr cuando las gentes logren pescarme, me pregunten una y otra vez y no alcancen a comprender!...

CLAVIJO

(Cogiéndole la mano.) Amigo mío, mi hermano, estoy en una situación espantosa. Te lo confieso; reconozco que me quedé horrorizado al volver a ver a María. ¡Qué desfigurada está!... ¡Qué pálida! ¡Qué consumida!... ¡Oh! ¡Y todo por culpa mía!... ¡Por culpa de mi traición!

CARLOS

¡Farsa! ¡Quimera! Ya estaba tísica cuando la novela de tu amor andaba aún en pleno curso. Mil veces te lo he dicho, y tú... Pero los enamorados no tenéis vista ni olfato. Clavijo, es ignominioso... Prescindir así de todo, de todo; una mujer enferma, que extenderá la peste por tu descendencia, de modo que todos tus hijos y nietos, llegados a cierta edad, se extinguirán tan discretamente como una lamparilla sin aceite... Un hombre que podía haber sido tronco de una familia que acaso en lo futuro... Acabaré por volverme loco. Pierdo la cabeza.

CLAVIJO

¿Qué he de decirte, Carlos? Cuando la volví a ver, en el primer arrebató, mi corazón se lanzó hacia ella... Pero, ¡ay, cuando se hubo disipado!... Compasión, íntima y profunda lástima, me la inspiraba; ¡pero lo que es amor!... ¡Mira! Fué como si en ardiente plenitud de alegría sintiera que me recorría la nuca la mano fría de la muerte. Me esforcé por parecer contento, por hacer mi papel de hombre feliz ante los que me rodeaban... Pero no era ya como antes; todo era forzado y angustioso. Si hubiesen sido más dueños de sí, habrían tenido que notarlo.

CARLOS

¡Maldición! ¡Muerte e infierno! ¿Y quieres hacerla tu esposa? (*Clavijo quédase sin responder, sumido en sus cavilaciones.*) ¡Estás perdido, perdido para siempre! Adiós, hermano mío; quiero olvidarlo todo y consumir mi vida solitaria en maldecir tu fatal ceguera... ¡Ah! ¡Y para más esto!... ¡Hacerse despreciable a los ojos del mundo, y no para satisfacer una pasión, un deseo! Contraer voluntariamente una enfermedad que, al tiempo que vaya minando tus fuerzas internas, te hará repugnante a la mirada de los hombres.

CLAVIJO

¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS

¡Ojalá que nunca te hubieses elevado si habías de caer de este modo!... ¡Y con qué ojos verá esto la gente! Fué obra del hermano, dirán todos. Debe de ser bravo mozo para habérselo metido así en el bolsillo; no se atrevió a ponerse delante de su espada. ¡Ah!—dirán nuestros jóvenes cortesanos fanfarrones—, bien se advierte que no es caballero. ¡Vamos! Ya podía el francés haber tenido que entendérselas conmigo—exclamará, echándo-

se el sombrero sobre los ojos y dándose palmadas en el bandullo un rapaz que acaso ni siquiera sea digno de ser tu lacayo.

CLAVIJO

(Se echa al cuello de Carlos, deshecho en llanto y con trazas de la más fuerte consternación.)
 ¡Sálvame, amigo mío! ¡Querido mío, sálvame!
 ¡Sálvame del doble perjurio, de la inmensa vergüenza de mí mismo! ¡Me muero!

CARLOS

¡Pobre! ¡Desdichado! Yo confiaba en que estas furias juveniles, estas tempestades de llanto, estas abrumadoras melancolías eran ya pasadas; confiaba en que, siendo tú un hombre, no volvería más a verte en la aflicción, con las angustias y congojas que tantas veces te hicieron llorar sobre mi pecho en otro tiempo. ¡Anímate, anímate, Clavijo!

CLAVIJO

¡Déjame que llore! *(Se deja caer sobre una silla.)*

CARLOS

¡Ay de ti, que has entrado en una vía que no recorrerás hasta el fin! Con tu corazón, tus sentimientos, que habrían hecho la felicidad de cualquier pacífico burgués, ¿por qué habías de juntar un desdichado afán de grandezas? ¿Y qué es grandeza, Clavijo? ¿Elevarse sobre los demás en categoría y consideración? ¡No lo creas! Si tu corazón no es mayor que el de los otros, si no estás en disposición de pasar tranquilamente por encima de cosas que respetaría un hombre vulgar, entonces, con todas tus bandas y condecoraciones, aunque tuvieras la corona, no serías más que un pobre hombre. ¡Cálmate! ¡Serénate! (*Clavijo se incorpora, contempla a Carlos y le tiende la mano, que éste estrecha fuertemente.*) ¡Arriba! ¡Arriba, amigo mío, y decídate pronto! Mira, voy a prescindir de todo y decir: aquí están estas dos proposiciones en los platillos de una bien equilibrada balanza: o te casas con María, y encuentras tu dicha en una tranquila existencia burguesa en las pacíficas alegrías domésticas, o prosigues el honroso curso de tu carrera hacia la ya próxima meta... Voy a prescindir de todo y decir: estese muda mi lengua; que sólo de su decisión dependa cuál de los dos platillos ha de inclinarse... ¡Bueno! ¡Pero decídate! Nada hay más lamentable en este mundo que un hombre irresoluto que oscila entre dos sentimientos y querría fundir los dos en uno sin compren-

der que nada puede juntarlos, a no ser la duda y la intranquilidad que le atormentan. Animo, y dale a María tu mano; procede como un buen muchacho que sacrifica la felicidad de su vida a la palabra dada, que considera como deber el remediar el daño que ha causado, que jamás ha extendido la esfera de sus pasiones y de su actividad más allá de donde le es posible poner remedio al daño producido, y goza así de la felicidad de una tranquila existencia limitada, del aplauso de una prudente conciencia y de toda la bienaventuranza que es otorgada a los hombres que están en situación de crear su propia dicha y hacer la alegría de los suyos... Decídete, y yo diré de ti: ¡es todo un hombre!...

CLAVIJO

¡Una chispa, Carlos, de tu fuerza, de tu valor!

CARLOS

Duerme en tu corazón, y yo soplaré sobre ella hasta que levante llama. Contempla al otro lado la dicha y las grandezas que te esperan. No quiero pintarte estas perspectivas con colores poéticos y brillantes; represéntatelos tú mismo, con la fuerza, con la plena claridad con que se alzaban delante de tu alma antes de que esa cabeza de viento francés te trastornara los sentidos. Pero en esto tam-

bién, Clavijo, sé todo un hombre y sigue tu camino derechamente, sin mirar a derecha ni a izquierda. Ojalá tu alma se dilate y llegue a la evidencia de esta gran verdad: los hombres extraordinarios son también extraordinarios en que sus deberes difieren de los del común de los hombres; aquel cuya misión es comprender, regir y conservar un gran todo, no tiene por qué hacerse escrúpulos de si desatiende menudos intereses, si sacrifica pequeñeces al bien de la totalidad. ¿No procede así el Creador en la naturaleza, el rey en su Estado? ¿Por qué no hemos de hacerlo nosotros para ser sus semejantes?

CLAVIJO

Carlos, soy un pobre hombre.

CARLOS

No somos pobres cuando las circunstancias nos obligan a trabajar, sino cuando nos esclavizan. Otro soplo, y vuelves a ser tú mismo. Arroja de ti los restos de una lamentable pasión que en los días actuales es tan impropia de ti como la chaquetilla gris y el aire modesto con que llegaste a Madrid. Lo que la pobre muchacha hizo por ti, ya se lo has pagado largamente, y en lo de que le debes el primer amistoso acogimiento... ¡Oh! Cualquiera otra, sólo por el placer de tu trato, hubiera

hecho tanto o más que ella, sin concebir tales pretensiones... ¿Se te ocurrirá darle al maestro de la escuela a que has asistido la mitad de tu fortuna sólo porque te enseñó el silabario? ¿Vamos, Clavijo?

CLAVIJO

Todo eso está muy bien; en términos generales puede ser que tengas razón; bien puede ser; pero ahora, ¿cómo hacemos para salir del embrollo en que estamos metidos? Dame un consejo pertinente, busca remedio concreto, y después habla lo que quieras.

CARLOS

¡Bueno! Según eso, ¿es que accedes?

CLAVIJO

Haz que pueda hacerlo y accederé. No soy capaz de pensar en nada. Piensa tú por mí.

CARLOS

Está bien. Lo primero es que cites a ese señor a un lugar donde, con la espada en la mano, puedas exigir que te devuelva la declaración que redactaste forzada e irreflexivamente.

CLAVIJO

Ya la tengo; la rompió y me dió los pedazos.

CARLOS

¡Excelente! ¡Excelente! Ya tenemos dado el primer paso. ¿Y me dejaste hablar tanto tiempo? Entonces será mucho más breve. Le escribes una carta diciéndole muy tranquilamente que no te conviene casarte con su hermana; podrá saber el motivo si esta noche, acompañado de un amigo y provisto de su arma favorita, se encuentra en un lugar determinado. Y dicho eso, firmas... Ven, Clavijo, escríbele ahora mismo. Yo seré tu acompañante, y... como no se mezcle el diablo... (*Clavijo va hacia la mesa.*) ¡Espera! ¡Una palabra! Pensándolo mejor, me parece una bobada tal proposición. ¿Quién nos manda ponernos delante de un aventurero irritado? La conducta de ese hombre, su categoría social, no le hacen acreedor a que nosotros lo tratemos como a un igual. Por lo tanto, escúchame. Si lo acuso ante la justicia de haber venido secretamente a Madrid; haberse hecho recibir en tu casa, con nombre supuesto, acompañado por un cómplice; haberte primero inspirado confianza con amistosas palabras, para atacarte después inesperadamente, forzándote a suscribir esa declaración, marchándose en seguida a publi-

carla... Eso será romperle el espinazo. Así aprenderá lo que es venir a declarar la guerra a un español en su propio hogar pacífico.

CLAVIJO

Tienes razón.

CARLOS

¿Y si nosotros, mientras se incoa el proceso, en tanto que el caballerete puede hacernos aún toda suerte de jugadas, procediéramos sobre seguro y lo mandáramos sencillamente prender?

CLAVIJO

Te comprendo, y conozco que eres capaz de realizarlo.

CARLOS

¡Vamos, hombre! Estaría bien que yo, que ya llevo a costillas más de veinticinco años, y que he visto al mejor de todos los hombres sudando de espanto, no supiera llevar a su término esta farsa. Y para ello sólo necesito que me dejes las manos libres; tú no tienes nada que hacer ni nada que escribir. Quien manda encerrar al hermano, bien da a entender, por señas, que no quiere nada con la hermana.

CLAVIJO

No, Carlos. Pase lo que pase, no puedo consentir eso. No lo consentiré. Beaumarchais es un hombre digno, y a causa de sus justas pretensiones no debe languidecer en una vergonzosa prisión. Busca otro medio, busca otro medio, Carlos.

CARLOS

¡Bah! ¡Bah! ¡Niñerías! No vamos a comérnoslo. Estará bien guardado y cuidado, y no será por mucho tiempo; pues mira tú, en cuanto le dé en las narices que la cosa va en serio, abandona su celo teatral, regresa a Francia muy humanizado y da las más atentas gracias si se le señala una pensión vitalicia a su hermana, en busca de lo cual única y exclusivamente fué todo hecho.

CLAVIJO

Sea así, pues; pero portaos bien con él.

CARLOS

¡No te preocupes!... ¡Otra precaución que no hay que olvidar! No puede saberse si la cosa se

divulgará... Acaso tenga soplo, se nos adelante, y todo esté perdido. Por ello, sal de tu casa de modo que ni uno solo de tus criados sepa adónde te has ido. Manda que te pongan en una maleta lo más indispensable. Yo mandaré un mozo que la lleve y te conduzca adonde ni la misma Santa Hermandad sabría encontrarte. Siempre tengo dispuestos un par de tales escondrijos. Adiós.

CLAVIJO

Hasta la vista.

CARLOS

¡Animo! ¡Animo! Cuando todo esté terminado, será sazón de descansar.

Vivienda de Guilbert.

(SOFIA GUILBERT, MARIA BEAUMARCHAIS, *trabajando.*)

MARIA

¿Cómo? ¿Buenco se marchó tan furioso?

SOFIA

Era natural. Está enamorado de ti; ¿cómo podría soportar la presencia del hombre que tiene que serle doblemente odioso?

MARIA

Es el mejor de los hombres que conozco. (*Mostrando su labor.*) Me parece que debe de ser así. Aquí le hago un frunce y prendo el extremo hacia arriba. Hará buen efecto.

SOFIA

Muy bueno. Yo quiero ponerle una cinta color paja a la cofia. Es lo que me sienta mejor. ¿Te sonríes?

MARIA

Me río de mí misma. Las muchachas somos de casta bien extraña. Apenas tenemos un respiro en nuestros dolores, ya estamos pensando en cintas y adornos.

SOFIA

No puedes echarte eso en cara. Desde el momento en que te dejó Clavijo, nada hubo capaz de

proporcionarte un momento de alegría. (*María se estremee y mira hacia la puerta.*) ¿Qué tienes?

MARIA

(*Angustiada.*) Me pareció que entraba alguien... ¡Ah! ¡Este pobre corazón! Aun va a acabar conmigo. Mira cómo palpita con este vano susto.

SOFIA

¡Estate tranquila! Te has puesto pálida. ¡Por Dios, amor mío!

MARIA

(*Señalándose al pecho.*) Siento una opresión... y unos latidos... Acabará conmigo.

SOFIA

No te preocupes.

MARIA

Soy una muchacha loca y desgraciada. Dolores y alegrías han socavado mi vida con toda su fuerza. Te aseguro que no es completa alegría para

mí la de haberle recobrado. Poco tiempo gozaré de la dicha que me espera entre sus brazos. Acaso ni a ellos llegue.

SOFIA

Hermana mía querida, con esas cavilaciones te destruyes a ti misma.

MARIA

¿Para qué he de engañarme?

SOFIA

Eres joven y dichosa, y debes estar llena de esperanza.

MARIA

¡Esperanza! ¡Oh! Ese dulce y único bálsamo de la vida embriagó con frecuencia mi alma. Alegres ensueños juveniles flotaban ante mí y acompañaban la amada figura del hombre único que ahora vuelve a ser mío. ¡Oh, Sofía! ¡Qué encanto le rodea! Desde que no le he visto..., no sé cómo lo diga..., todas las grandes cualidades que en otro tiempo estaban ocultas bajo su modestia se han desenvuelto. Se ha hecho todo un hombre, y ese

puro sentimiento de su valer con que se presenta, totalmente limpio de orgullo o vanidad, tiene que hacerlo dueño de todos los corazones... ¿Y ha de ser mío?... No, hermana mía. No era digna de él entonces, y menos lo soy ahora.

SOFIA

¡Cásate con él y sé feliz!... Oigo a tu hermano.
(*Entra Beaumarchais.*)

BEAUMARCHAIS

¿Dónde está Guilbert?

SOFIA

Hace ya rato que salió. No puede tardar.

MARIA

¿Qué tienes, hermano?... (*Se lanza hacia él y le echa los brazos al cuello.*) Querido hermano, ¿qué tienes?

BEAUMARCHAIS

¡Nada! ¡Déjame, mi María!

MARIA

Si soy tu María, dime qué es lo que te disgusta.

SOFIA

Déjale. Los hombres ponen a veces cara preocupada sin que nada los disguste.

MARIA

No, no. Hace poco tiempo que veo su semblante, pero ya expresa para mí todos sus sentimientos; leo sobre tu frente cada una de las emociones de tu alma pura, incapaz de disimulo. Hay algo que te desconcierta. Dínoslo. ¿Qué es?

BEAUMARCHAIS

No es nada, querida mía. Espero que en el fondo no será nada. Clavijo...

MARIA

¿Qué?

BEAUMARCHAIS

Vengo de ver a Clavijo. No está en casa.

SOFIA

¿Y eso te preocupa?

BEAUMARCHAIS

Su portero dice que se ha marchado de viaje, no sabe adónde. Nadie sabe por cuánto tiempo. ¿Será que se hace negar en su casa? ¿Será que realmente se habrá ido de viaje? Pero ¿por qué? ¿Para qué?

MARIA

Lo esperaremos.

BEAUMARCHAIS

No dices lo que piensas. ¡Ah! La palidez de tus mejillas, el temblor de tu cuerpo, todo, dice y testimonia que no puedes esperar. ¡Querida hermana mía! (*La toma en sus brazos.*) ¡Por este corazón palpitante, tembloroso y angustiado, lo juro! ¡Escúchame tú, Dios de la justicia! Serás vengada, si él... desvarió sólo de pensarlo... si él reincidiera, si se hiciera reo de un doble perjurio espantoso, mofándose de nuestra miseria... No. No. No es posible... No es posible... ¡Serás vengada!

SOFIA

Todo eso es prematuro, precipitado... Evítale emociones, te lo suplico, hermano mío. (*María se sienta.*) ¿Qué tienes? ¿Te sientes mala?

MARIA

No, no. Te asustas por nada.

SOFIA

(*Presentándole un vaso.*) Bebe un sorbo.

MARIA

¿Déjame! ¿Para qué?... Bueno, dámelo.

BEAUMARCHAIS

¿Dónde está Guilbert? ¿Dónde está Buenco? Manda a buscarlos, te lo ruego. (*Vase Sofía.*) ¿Cómo te encuentras, María?

MARIA

Bien; bastante bien. Entonces, crees tú, hermano...

BEAUMARCHAIS

¿Qué, querida mía?

MARIA

¡Ay!

BEAUMARCHAIS

¿Respiras mal?

MARIA

El desatado latir de mi corazón me quita el aliento.

BEAUMARCHAIS

¿No tenéis en casa ninguna medicina? ¿No empleas ningún calmante?

MARIA

No sé más que de uno, y hace mucho tiempo que se lo pido a Dios.

BEAUMARCHAIS

Lo tendrás, y espero que de mi propia mano.

MARIA

Entonces, bueno. (*Entra Sofía.*)

SOFIA

Ahora mismo acaba de llegar un correo con esta carta. Viene de Aranjuez.

BEAUMARCHAIS

Es el sello y la letra de nuestro embajador.

SOFIA

Le dije que se apeara para tomar algún refrigerio; pero no quiso, porque aun tenía que entregar otras misivas.

MARIA

Querida mía, ¿querías mandar a la criada en busca del médico?

SOFIA

¿Qué tienes? ¡Cielo santo! ¿Qué tienes?

MARIA

Vas a asustarme tanto, que acabaré por no atreverme a pedir un vaso de agua... ¡Sofía!... ¡Hermano!... ¿Qué dice la carta?... ¡Mírale cómo tiembla! ¡Cómo pierde todos sus ánimos!

SOFIA

¡Hermano! ¡Hermano mío! (*Beaumarchais, privado del habla, se abate sobre un asiento y deja caer al suelo la carta.*) ¡Hermano mío! (*Coge la carta y la lee.*)

MARIA

Déjame verla. Es preciso... (*Intenta levantarse.*) ¡Ay! ¡Lo comprendo todo! ¡Es el fin!... ¡Hermana!... ¡Por piedad!... ¡El último y rápido golpe mortal! ¡Nos hace traición!

BEAUMARCHAIS

(*Levantándose de un salto.*) ¡Nos hace traición! (*Golpeándose la frente y el pecho.*) ¡Aquí!... ¡Aquí!... Todo está tan oscuro y tan muerto en mi alma, como si un rayo hubiese paralizado mis sentidos... ¡María! ¡María! ¡Te hace traición!...

¡Y yo estoy aquí!... ¿Por qué?... ¿Cómo?... No veo nada... nada... ningún camino... ninguna esperanza... (*Arrójase otra vez sobre la silla.*)

(*Entra GUILBERT.*)

SOFIA

¡Guilbert! Aconséjanos... auxílianos... Estamos perdidos.

GUILBERT

¡Mujer!

SOFIA

Lee. Lee... El embajador le anuncia a nuestro hermano que Clavijo ha presentado contra él una denuncia, acusándole de haber entrado en su casa con nombre supuesto, haberle amenazado con una pistola estando él en la cama y haberle obligado a firmar una vergonzosa declaración, y si no se aleja rápidamente del reino, lo meterán en la cárcel, de donde ni acaso el propio embajador pueda sacarlo.

BEAUMARCHAIS

(*Alzándose rápido.*) Sí, lo harán, lo harán; me arrojarán en una prisión... Pero será arrancán-

dome del lado de su cadáver, del sitio donde me haya recreado en verter su sangre... ¡Ah! ¡Qué terrible, qué espantosa sed tengo de su sangre! ¡Gracias te sean dadas, Dios de los cielos, porque otorgaste tal alivio, tal satisfacción a los hombres en medio de sus ardientes, de sus intolerables dolores! ¡Cómo palpita en mi pecho la sedienta venganza! ¡De qué modo la deliciosa sensación, el deseo de su sangre, me saca del anonadamiento, de la torpe indecisión en que me encontraba! ¡Venganza!... ¡Qué dicha experimento! ¡De qué manera todo en mi ser aspira hacia él!... ¡Agarrarlo!... ¡Exterminarlo!...

SOFIA

Eres temible, hermano.

BEAUMARCHAIS

¡Tanto mejor!... ¡Ah!... ¡Ni espada, ni arma de fuego! Con estas mismas manos he de ahogarlo, para tener la dicha, la satisfacción de que yo, sólo yo, le doy la muerte.

MARIA

¡Ay! ¡Mi corazón! ¡Mi corazón!

BEAUMARCHAIS

Ya que no he podido salvarte, no quedarás sin venganza. Jadeante venteo sus huellas, mis dientes ansían su carne, mi paladar su sangre. ¡Me he trocado en bestia furiosa! ¡Me abrasa las venas, me retuerce los nervios, el impulso hacia él!... Odiaría eternamente a quien le diese algún veneno, a quien, asesinándolo, lo quitara de mi camino... ¡Oh! ¡Guilbert! ¡Ayúdame a buscarlo! ¡Dónde está Buenco? ¡Ayudadme a encontrarlo!

GUILBERT

¡Sálvate! ¡Sálvate! ¡No estás en ti!

MARIA

Huye, hermano mío.

SOFIA

¡Llévalo de aquí! Está acabando con su hermana.

(Entra BUENCO.)

BUENCO

¡Pronto, caballero! ¡Váyase! Ya lo había previsto yo. Anduve con todo cuidado. Le tienden a

usted un lazo. Está usted perdido si no deja la ciudad en este momento.

BEAUMARCHAIS

¡Jamás! ¿Dónde está Clavijo?

BUENCO

No lo sé.

BEAUMARCHAIS

¡Lo sabes! De rodillas te suplico que me lo digas.

SOFIA

¡Por amor de Dios, Buenco!

MARIA

¡Ay! ¡Me ahogo! ¡Me ahogo! (*Cae de espaldas.*) Clavijo...

BUENCO

¡Socorro! ¡Se muere!

SOFIA

¡Dios de los cielos, no nos abandones!... Vete, vete, hermano.

BEAUMARCHAIS

(Se postra delante de María, la que, a pesar de todos los cuidados, no vuelve a recobrar el sentido.) ¡Abandonarte! ¡Abandonarte!

SOFIA

Quedate, pues, y piérdenos a todos como has dado muerte a María. ¡Oh desdichada, mueres víctima del aturdimiento de un hermano!

BEAUMARCHAIS

Hermana, no prosigas...

SOFIA

(Sarcástica.) ¡El salvador!... ¡El vengador!.
¡Sálvate a ti mismo!

BEAUMARCHAIS

¿Merezco esto?

SOFIA

¡Devuélvemela! Y después vete a la prisión, al patíbulo... derrama tu sangre y devuélvemela.

BEAUMARCHAIS

¡Sofía!

SOFIA

¡Ah!... Ella ya no existe, está muerta... Entonces, guárdate para nosotros. (*Echándole los brazos al cuello.*) Hermano mío, guárdate para nosotros... para nuestro padre. ¡Pronto! ¡Pronto! Este era su destino... Está cumplido... Hay un Dios en el cielo... Pon en sus manos la venganza.

BUENCO

¡En seguida! ¡En seguida! Venga usted conmigo, y yo le esconderé hasta que encontremos manera de que salga usted del reino.

BEAUMARCHAIS

(*Se arroja sobre el cuerpo de María y lo besa.*)
¡Hermana mía! (*Lo arrancan de su lado; abraza*

a Sofía y la deja; llévanse a María. Buenco se va con Beaumarchais.)

(GUILBERT. UN MEDICO.)

SOFIA

(Volviendo de la habitación donde ha sido llevada María.) ¡Es demasiado tarde! ¡Ya no existe! ¡Está muerta!

GUILBERT

¡Venga usted, caballero! ¡Vea usted por sí mismo! ¡Parece imposible! *(Vanse.)*

ACTO QUINTO

ACTO QUINTO

Calle delante de la casa de Guilbert. Noche. La casa está abierta. Ante la puerta hay tres hombres, con antorchas, cubiertos por negras hopas. Llega Clavijo, embozado en su capa, con la espada debajo del brazo. Precédele un criado con una antorcha.

(CLAVIJO. UN CRIADO.)

CLAVIJO

Te dije que no pasaras por esta calle.

CRIADO

Habríamos temido que dar un gran rodeo, y como usted tenía tanta prisa... No es lejos de aquí donde para don Carlos.

CLAVIJO

¿Y aquellas antorchas?

CRIADO

Un entierro. Venga usted, señor.

CLAVIJO

¡En casa de María! ¡Un entierro! ¡Mortal escalofrío recorre todo mi cuerpo! Acércate y pregunta de quién es el entierro.

CRIADO

(Se dirige a los hombres.) ¿A quién vais a enterrar?

LOS HOMBRES

A María Beaumarchais. *(Clavijo se sienta en una piedra y se cubre el rostro con el embozo.)*

CRIADO

(A Clavijo.) Es el entierro de María Beaumarchais.

CLAVIJO

(Levantándose violentamente.) ¿Eres capaz de repetirlo, traidor...? ¡Esa tremenda palabra, que hiela el tuétano de mis huesos!

CRIADO

Silencio, señor... Venga usted... Piense en el peligro en que se encuentra.

CLAVIJO

¡Vete al infierno! ¡No me muevo de aquí!

CRIADO

¡Oh. don Carlos! ¡Con tal de que encuentre a don Carlos!... Está fuera de sí. *(Vase.)*

(CLAVIJO, solo. A lo lejos, los enterradores.)

CLAVIJO

¡Muerta! ¡María muerta!... ¡Aquellas antorchas!... ¡Su triste cortejo!... Sin duda es cosa de encantamiento, aparición nocturna que me espan-

ta, poniéndome delante una imagen por la que puedo presagiar el fin de mis traiciones... ¡Aun, aún es tiempo!... ¡Me estremezco!... ¡Mi corazón estalla de espanto!... ¡No! ¡No! ¡No morirás!... ¡Ya llego!... ¡Ya llego!... ¡Desapareced, espíritus nocturnos, que os alzáis en mi camino infundiéndome angustia y espanto!... *(Se acerca a ellos.)* ¡Desapareced!... Permanecen inmóviles... Se vuelven a mirarme... ¡Ay! ¡Ay de mí! Son hombres como yo... Luego es verdad... ¡Verdad!... ¡Eres capaz de comprenderlo!... ¡Está muerta!... Esta idea me abrumba más que todos los horrores de la noche... Está muerta... Ahí la tienes... la flor caída a tus pies... y tú... ¡Dios de los cielos, compadécete de mí! ¡Yo no la he matado! ¡Escondeos, estrellas; no miréis abajo, vosotras que tantas veces visteis al criminal, lleno de la íntima satisfacción de su dicha, saliendo por estas puertas; vosotras, que oísteis las músicas y canciones con que llenaba la calle de ardientes quimeras que iban a inflamar en deliciosa ansiedad a la doncella que escuchaba secretamente detrás de la reja! Y ahora, en la casa, todo son ayes y lamentos... y un entierro aquí, en el escenario de tu dicha... ¡María! ¡María! ¡Llévame contigo! ¡Llévame contigo! *(Oyéñse los lúgubres sonos de una música detrás de la escena.)* ¡Van a llevarla a la sepultura!... ¡Deteneos!... ¡Deteneos!... ¡No cerréis la caja!... ¡Dejadme que vuelva a verla aún otra vez!... *(Se precipita hacia la casa.)* ¡Ah! ¿A quién osaré presentarme? ¿A quién buscaré en

este espantoso dolor?... ¡A sus amigos?... ¡A su hermano, cuyo pecho estará henchido de furiosa pena! (*Vuelve a sonar la música.*) ¡Me llama! ¡Me llama! ¡Ya voy!... ¡Qué temor me envuelve! ¡Qué temblor me detiene! (*Por tercera vez comienza la música y sigue sonando. Los de las antorchas se apartan de la puerta; otros tres se unen a ellos y se ponen en orden para rodear el cadáver, que es sacado de la casa. Seis hombres portan las andas, sobre las que viene el féretro cubierto.*)

(GUILBERT. BUENCO, *de luto riguroso.*)

CLAVIJO

(*Adelantándose.*) ¡Deteneos!

GUILBERT

¡Qué voz es ésa!

CLAVIJO

¡Deteneos! (*Los que portan el féretro se paran.*)

BUENCO

¿Quién osa perturbar el venerable cortejo?

CLAVIJO

9

CLAVIJO

¡Bajad el ataúd!

GUILBERT

¡Ah!

BUENCO

¡Miserable! ¿No han de tener término tus infamias? ¿Ni aun en la caja está segura de ti?

CLAVIJO

¡Dejadme! ¡No me pongáis furioso! ¡Los desgraciados son peligrosos! ¡Tengo que verla! *(Echa por tierra el paño que cubre el féretro y levanta su tapa. María yace en él, vestida de blanco, y con las manos cruzadas. Clavijo retrocede y se cubre el rostro con las manos.)*

BUENCO

¿Quieres resucitarla para volver a darle muerte?

CLAVIJO

¡Miserable, burlón!... ¡María!... *(Póstrase al pie del ataúd.)*

(Entra BEAUMARCHAIS.)

BEAUMARCHAIS

Bueno me ha dejado solo. Dicen que no ha muerto, y me es preciso verla aunque se oponga el demonio. Me es preciso verla. ¡Antorchas! ¡Un cadáver! (*Se acerca corriendo, ve el ataúd y cae sobre él sin poder articular palabra; lo levantan; está como desmayado. Guilbert lo sostiene.*)

CLAVIJO

(*Alzándose al otro lado del féretro.*) ¡María!
¡María!

BEAUMARCHAIS

(*Encolerizándose.*) ¿Qué voz es ésa? ¿Quién llama a María?... El metal de esa voz derrama por mis venas el más ardiente furor.

CLAVIJO

Soy yo. (*Beaumarchais lo mira salvajemente y echa mano a la espada; Guilbert lo contiene.*) No temo tus ardientes miradas ni la punta de tu espada. Mira estos ojos cerrados y estas manos en cruz.

BEAUMARCHAIS

¡Y eres tú quien me los muestra? (*Se desprende de los que lo sujetan; lánzase sobre Clavijo, el que saca la espada; luchan. Beaumarchais hunde su acero en el pecho de Clavijo.*)

CLAVIJO

(*Vacilando.*) ¡Gracias, hermano! Tú nos desposas.

BEAUMARCHAIS

(*Rechazándolo.*) ¡Apártate de esa santa, condenado!

CLAVIJO

¡Ay de mí! (*Los enterradores lo sostienen.*)

BEAUMARCHAIS

¡Sangre! Abre los ojos, María; mira tus galas de novia y después vuelve a cerrarlos para siempre. Mira cómo he consagrado tu tumba con la sangre de tu matador. ¡Hermoso! ¡Soberbio!

(*Llega SOFIA.*)

SOFIA

¡Hermano! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

BEAUMARCHAIS

Acércate, querida mía, y contempla. Esperaba cubrir de rosas su lecho de esposa; mira las rosas con que adorno su camino del cielo.

SOFIA

¡Estamos perdidos!

CLAVIJO

Sálvate, insensato, sálvate antes de que rompa el día. Dios, que te ha traído aquí como vengador, te acompañe... ¡Sofía!... ¡Perdóname!... ¡Hermano!... ¡Amigos!... ¡Perdonadme!

BEAUMARCHAIS

Su sangre, al manar, apaga la ardiente rabia de mi corazón. Todo mi furor desaparece al extinguirse su vida. (*Se acerca a Clavijo.*) ¡Muere! ¡Yo te perdono!

CLAVIJO

¡Tu mano! ¡Y la tuya, Sofía! ¡Y la vuestra!
(*Buenco vacila.*)

SOFIA

Désela, Buenco.

CLAVIJO

Te doy gracias. Eres la de siempre. Doy gracias a todos. Y si aun flotas por estos lugares, espíritu de mi amada, mira hacia abajo, contempla esta bondad celestial, bendícela y perdóname a tu vez... Voy contigo... Voy contigo... Sálvate, hermano mío. Decidme, ¿me perdonó? ¿Cómo fué su muerte?

SOFIA

Su última palabra fué tu desventurado nombre. Partió sin un adiós para nosotros.

CLAVIJO

Iré tras ella y le llevaré los vuestros.

(CARLOS. UN CRIADO.)

CARLOS

¡Clavijo! ¡Asesinos!

CLAVIJO

Oyeme, Carlos. Aquí tienes las víctimas de tu prudencia... Y ahora, ¡por la sangre con la que irreprimiblemente se me va la vida, salva a mi hermano!...

CARLOS

¡Amigo mío!... ¿Os estáis todos así? ¡Corred en busca del cirujano! (*Vase el criado.*)

CLAVIJO

Es en vano. ¡Sálvalo, salva a mi desgraciado hermano!... Tu mano en prenda de ello. Todos me han perdonado... yo también te perdono. Acompáñalo hasta la frontera, y... ¡ay!

CARLOS

(*Golpeando el suelo con el pie.*) ¡Clavijo! ¡Clavijo!

CLAVIJO

(*Acercándose al ataúd, sobre el que lo apoyan.*) ¡María! ¡Tu mano! (*Desenlaza las manos del cadáver y le coge la derecha.*)

SOFIA

(A *Beaumarchais*.) ¡Huye, desdichado, huye!

CLAVIJO

Tengo su mano... Su helada mano de muerta...
¡Eres mía!... Y ahora, este beso de desposado...
¡Ay!...

SOFIA

Se muere. Sálvate, hermano. (*Beaumarchais se echa al cuello de Sofía. Sofía lo abraza, haciendo al mismo tiempo gesto de alejarlo.*)

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Acto primero.	11
Acto segundo.	31
Acto tercero.	63
Acto cuarto... ..	81
Acto quinto... ..	123



COLECCIÓN UNIVERSAL

OBRAS PUBLICADAS

(Julio de 1919 a junio de 1920.)

- N.º 1, 2, 3 y 4.—**Poema del Cid.** Texto y traducción por Alfonso Reyes.—2 ptas.
- N.º 5 y 6.—Lope de Vega: **Fuente Ovejuna.** Comedia. Edición revisada por Américo Castro.—1 pta.
- N.º 7.—Kant: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico. Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.—50 cts.
- N.º 8, 9 y 10.—O. Goldsmith: **El Vicario de Wakefield.** Novela. Traducción del inglés por Felipe Villaverde. 1,50 ptas.
- N.º 11, 12 y 13.—La Rochefoucauld: **Memorias.** Traducción del francés por Cipriano de Rivas Cherif.—1,50 pesetas.
- N.º 14 y 15.—J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.** Novelas breves.—1 pta.
- N.º 16.—P. Merimée: **Doble error.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—50 cts.
- N.º 17, 18, 19 y 20.—Stendhal: **Rojo y negro.** Novela Tomo I. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—2 ptas.
- N.º 21, 22, 23 y 24.—Stendhal: **Rojo y negro.** Novela. Tomo II. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—2 ptas.
- N.º 25 y 26.—Goethe: **Las cultas de Werther.** Novela. Traducción del alemán por José Mor de Fuentes, revisada y corregida.—1 peseta.
- N.º 27.—Antonio Machado: **Soledades, Galerías y otros poemas.** Segunda edición. — 50 céntimos.
- N.º 28 y 29.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo I.—“La Gitani-

- lla" y "El amante liberal".—1 pta.
- N.º 30, 31, 32 y 33.—L. Andreiev: **Sachka Yegulev**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—2 ptas.
- N.º 34 y 35.—C. Castello-Branco: **Dos novelas del Miño**. Traducción del portugués por F. Blanco Suárez.—1 pta.
- N.º 36 y 37.—Cicerón: **Cuestiones académicas**. Traducción del latín por A. Millares. — 1 peseta.
- N.º 38, 39 y 40.—Villalón: **Viaje de Turquía**. Tomo I. Edición de A. G. Solalinde.—1,50 pesetas.
- N.º 41, 42 y 43.—Villalón: **Viaje de Turquía**. Tomo II. Edición de A. G. Solalinde.—1,50 pesetas.
- N.º 44 y 45.—Vladimiro Korolenko: **El día del juicio**. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 46 y 47.—Serafín Estébanez Calderón "El Solitario": **Novelas y cuentos**.—1 pta.
- N.º 48. — Leibnitz: **Opúsculos filosóficos**. Traducción por Manuel G. Morente.—50 céntimos.
- N.º 49, 50 y 51.—Plutarco: **Vidas paralelas**. Tomo I. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. 1,50 ptas.
- N.º 52, 53 y 54.—Abate Prevost: **Manón Lescaut**. Novela. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—1,50 ptas.
- N.º 55 y 56.—Ruiz de Alarcón: **Los pechos privilegiados**. Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes. 1 pta.
- N.º 57.—Vélez de Guevara: **El Diablo Cojuelo**. Novela.—50 cts.
- N.º 58, 59 y 60.—George Elliot: **Silas Marner**. Novela. Traducción del inglés por Isabel de Oyarzábal. — 1,50 pesetas.
- N.º 61 y 62.—Alejandro Kuprin: **El Dios implacable**. Novelas. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 63, 64 y 65.—Trindade Coelho: **Mis amores**. Cuentos. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—1,50 ptas.
- N.º 66, 67 y 68.—Madame de Staël: **Diez años de destierro**. Memorias. Traducción del francés por M. Azaña. 1,50 ptas.
- N.º 69 y 70.—Tirso de Molina: **El condenado por desconfiado**. Comedia. Edición de Américo Castro.—1 pta.
- N.º 71.—Kant: **Lo bello y lo sublime**. Ensayos críticos. Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero. — 50 céntimos.
- N.º 72 y 73.—Alfredo de Musset. **Cuentos**. Tomo I. Traducción del

- francés por L. Fernández Ardavín. — 1 peseta.
- N.º 74 y 75.—Leopoldo Alas (Clarín): **El señor y lo demás son cuentos.**—1 pta.
- N.º 76 y 77.—L. Sterne: **Viaje sentimental.** Traducción del inglés por A. Reyes.—1 pta.
- N.º 78, 79 y 80.—Julio César: **Comentarios de la guerra de las Gallas.** Traducción del latín por D. J. Goya y Muniain, revisada y corregida.—1,50 ptas.
- N.º 81 y 82.—A. Chejov: **La sala número seis.** Cuentos. Traducción del ruso por N. Tasin. 1 pta.
- N.º 83 y 84.—Garcilaso de la Vega: **Poesías.**—1 pta.
- N.º 85.—C. Cornelio Tácito: **La Germania.** Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida. — **Diálogo de los oradores.** Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Ezquerria, revisada y corregida.—50 cts.
- N.º 86, 87 y 88. — E. About: **El rey de las montañas.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rívero.—1,50 ptas.
- N.º 89 y 90.—A. Caron de Beaumarchais: **El barbero de Sevilla.** Comedia. Traducción del francés por J. I. Alberti y E. López Alarcón.—1 pta.
- N.º 91, 92 y 93.—J. Sandeau: **La señorita de la Seiglière.** Novela. Traducción del francés por Pedro Vances. 1,50 ptas.
- N.º 94 y 95.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo II. "La española inglesa" "Rinconete y Cortadillo", "Licenciado Vidriera". — 1 pta.
- N.º 96 y 97.—A. de Lamartine: **Graziella.** Novela. Traducción del francés por Juan José Llovet.—1 pta.
- N.º 98, 99 y 100.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo I. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—1,50 ptas.
- N.º 101, 102 y 103.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo II. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—1,50 ptas.
- N.º 104 y 105.—L. Andrelev: **Los espectros.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 106, 107 y 108.—Dante Alighieri: **El Convivio.** Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif. — 1,50 pesetas.
- N.º 109.—Francisco Herczeg: **Las hermanas Gyurkovics.** Historia familiar. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—50 cts.
- N.º 110, 111, 112 y 113.—Jane Austen: **Persuasión.** Novela. Traduc-

- ción del inglés por M. Ortega Gasset.—2 pesetas.
- N.º 114 y 115.—G. Flaubert: **Tres cuentos**. Traducción del francés por Luis Bello.—1 pta.
- N.º 116, 117 y 118.—A. Caron de Beaumarchais: **El casamiento de Figaro**. Comedia. Traducción del francés por E. López Alarcón.—1,50 ptas.
- N.º 119 y 120.—Fenelon: **La educación de las niñas**. Traducción del francés por María Luisa Navarro de Luzuriaga.—1 pta.
- N.º 121 y 122.—Máximo Gorki: **Varenka Olesova**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 123, 124 y 125.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos**, Tomo III y último. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—1,50 ptas.
- N.º 126 y 127.—Agustín Moreto: **El lindo don Diego**. Comedia. — 1 peseta.
- N.º 128.—Robert Filmer: **Patriarcha o El poder natural de los Reyes**. Tratado político. Traducción del inglés por Pablo de Azcárate. — 50 cts.
- N.º 129 y 130.—Plutarco: **Vidas paralelas**. Tomo II. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. — 1 pta.
- N.º 131, 132 y 133.—Carlos Nodier: **El hada de las migajas**. Cuento fantástico. Traducción del francés por Pedro Vances.—1,50 ptas.
- N.º 134, 135, 136 y 137.—Giovanni Verga: **Los Malasangre**. Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—2 ptas.
- N.º 138 y 139.—Cervantes: **Novelas ejemplares**. Tomo III. "La fuerza de la sangre", "El celoso extremeño" y "La ilustre fregona".—1 pta.
- N.º 140.—Tomás Arnold: **Ensayos sobre Educación**. Traducción del inglés por Lorenzo Luzuriaga.—50 cts.
- N.º 141 y 142.—Leónidas Andreiev: **Dies irae**. Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 143 y 144.—Grazia Deledda: **Elías Portolu**. Novela. Traducción del italiano por Eustaquio de Echauri. — 1 pta.
- N.º 145.—Voltaire: **Memorias**. Traducción del francés por M. Azaña. 50 cts.
- N.º 146, 147 y 148.—Thackeray: **Catalina**. Novela. Traducción del inglés por Mariano Alarcón.—1,50 ptas.
- N.º 149 y 150.—Goldoni: **La posadera**. Comedia. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—1 pta.
- N.º 151, 152 y 153.—Vic-

- tor Hugo: **Bug-Jargal**. Novela. Traducción del francés por D. Dionisio Alcalá Galiano, revisada y corregida. 1,50 ptas.
- N.º 154 y 155.—Torres Villarroel: **Vida**. Memorias. Tomo I.—1 pta.
- N.º 156, 157 y 158.—Montesquieu: **Grandeza y decadencia de los romanos**. Traducción del francés por E. Bohigas.—1,50 ptas.
- N.º 159 y 160.—Hauff: **Cuentos**. Traducción del alemán por C. Gallardo de Mesa. — 1 peseta.
- N.º 161 y 162.—Kuprin: **El brazalete de rubíes**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 163 a 166.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo I. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—2 ptas.
- N.º 167 y 168.—Teixeira de Queiroz: **Cuentos**. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—1 pta.
- N.º 169 y 170.—A. de Vigny: **Chatterton**. Drama. Traducción del francés por J. Robles. 1 pta.
- N.º 171 a 173.—Cervantes: **Novelas ejemplares**. Tomo IV y último. "La señora Cornelia", "Las dos doncellas" y "Coloquio de los Perros".—1,50 pesetas.
- N.º 174 y 175.—Torres Villarroel: **Vida**. Memorias. Tomo II y último.—1 pta.
- N.º 176.—Eugenio d'Ors. **La Elen Plantada de Xenius**. Novela. Traducción del catalán por Rafael Marquina. 50 cts.
- N.º 177 a 180.—H. de Balzac: **Papá Goriot**. Novela. Traducción del francés por J. de Zuazagoitia.—2 ptas.
- N.º 181 y 182.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra**. Tomo I. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—1 peseta.
- N.º 183 a 186.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo II. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—2 ptas.
- N.º 187 y 188.—Molière: **El ricachón en la corte** (Le bourgeois gentilhomme). Comedia. Traducción del francés por J. I. de Alberti.—1 pta.
- N.º 189.—Gómez Carrillo: **Ciudades de ensueño**.—50 céntimos.
- N.º 190 a 192.—Chmelev: **El camarero**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—1,50 pesetas.
- N.º 193 y 194.—Fóscolo: **Últimas cartas de Jacobo Ortiz**. Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—1 pta.
- N.º 195 a 198.—Anónimo

- catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa**. Novela. Tomo I. Traducción por Rafael Marquina.—2 ptas.
- N.º 199 y 200.—Kóbor: **Budapest**. Novela. Tomo I. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—1 pta.
- N.º 201 y 202.—Kóbor: **Budapest**. Novela. Tomo II y último. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—1 pta.
- N.º 203 y 204.—Chejov: **Historia de mi vida**. Novela. Traducción del ruso por N. Tassin.—1 pta.
- N.º 205.—Stevenson: **El extraño caso del Doctor Jekyll y mister Hyde**. Novela. Traducción del inglés por José Torroba.—50 céntimos.
- N.º 206 y 207.—Anónimo catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa**. Novela. Tomo II y último. Traducción por Rafael Marquina.—1 peseta.
- N.º 208 a 211.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo III. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—2 pesetas.
- N.º 212 y 213.—Webster: **La Duquesa de Malfi**. Drama. Traducción del inglés por E. Díaz Canedo.—1 pta.
- N.º 214.—Heine: **Memo-**
- rias**. Traducción del alemán por Manuel M. Pedroso.—50 céntimos.
- N.º 215 a 217.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra**. Tomo II y último. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—1,50 pesetas.
- N.º 218 a 220.—Balzac: **Eugenia Grandet**. Novela. Traducción del francés por J. Alvarez Pastor.—1,50 ptas.
- N.º 221 a 223.—Barbey D'Aurevilly: **La hechizada**. Novela. Traducción del francés por Rafael Sánchez Ocaña.—1,50 ptas.
- N.º 224 y 225.—Daudet: **Tartarín de Tarascón**. Novela. Traducción del francés por Felipe Villaverde.—1 pta.
- N.º 226 a 228.—M. d'Aze-glio: **Héctor Fieramosca**. Novela. Tomo I. Traducción del italiano por José Ignacio de Alberti.—1,50 ptas.
- N.º 229 y 230.—F. de Rojas: **Del rey abajo, ninguno**. Comedia.—1 peseta.
- N.º 231.—E. About: **La nariz de un notario**. Novela. Traducción del francés por Pablo Perales.—50 cts.
- N.º 232 a 234.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo IV y último. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—1,50 ptas.

N.º 235 y 236.—G. Verga:
La vida en los campos. Novelas cortas.
Traducción del italiano por Cipriano Rivas
Cherif.—1 pta.

N.º 237 a 240.—Cervantes:
Los trabajos de Persiles y Sigismunda.
Historia setentrional.
Tomo I.—2 ptas.

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 240 números publicados desde julio de 1919
— a junio de 1920 contienen obras de —

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, HAUFF, G. DELEDDA, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, EUGENIO D'ORS, BALZAC, TAINE, MOLIERE, GOMEZ CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER, HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET y F. DE ROJAS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13